

LA LUZ DEL PODER

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION



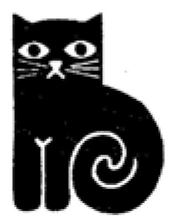
CONQUISTA ESPACIO

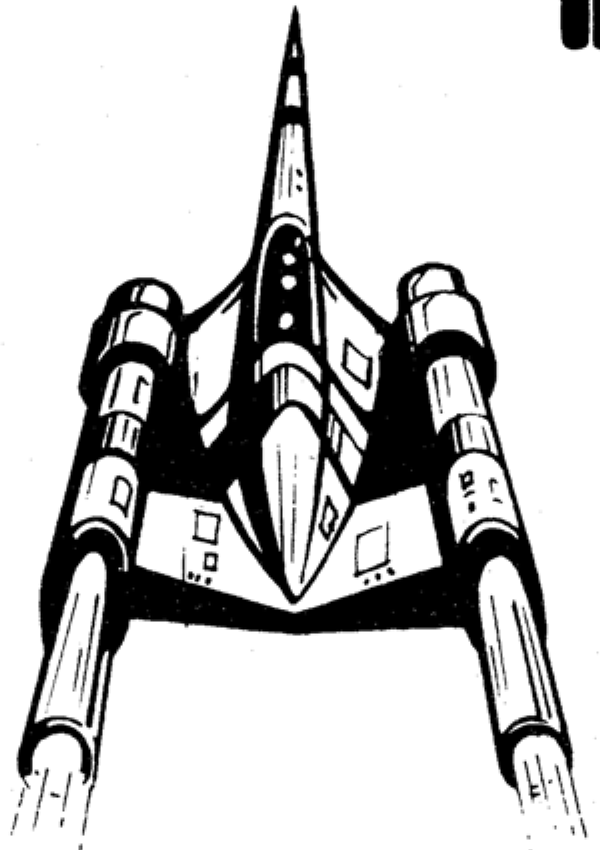
LA LUZ DEL PODER

Lou Carrigan

CIENCIA FICCION

GANE 1 MILLON DE PESETAS





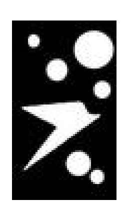
La conquista del ESPACIO

LOU CARRIGAN

LA LUZ DEL PODER

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 730

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTA - BUENOS AIRES – CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal B 35769 - 1984

Impreso en España — Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1984

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152 Km 21,650) Barcelona

LUCHA EN EL ESPACIO

Una de las naves era circular y achatada, la otra era alargada y disponía de varios niveles o plantas. Tanto una como otra eran de un tamaño enorme, y, sin embargo, se movían en el espacio a velocidades lumínicas.

Aparentemente, la nave circular tenía más facilidad de maniobra y desplazamiento, y tal vez era gracias a esto que, por el momento, se iba salvando de las tandas de silenciosos y luminosos disparos que brotaban de la otra nave. Unos disparos que eran apenas resplandores en la oscuridad cósmica, como visiones fantásticas, irreales.

Aparecía de la nave alargada un fulgor tremendo, una delgada y larguísima raya de luz roja, que desaparecía en los más alejados rincones de la zona, pasando como flechas apenas visibles cerca de la nave circular. Tres de esas flechas, tres de esos fulgores, habían acertado a la nave circular, y esto estaba ocasionando trastornos a sus ocupantes, sin duda alguna.

La nave presentaba como tres manchas en su superficie reluciente; algo así como hematomas en un cuerpo humano. Tal parecía, pues, que lo máximo que podía dañarla la otra nave era eso, produciéndole hematomas, pequeñas abolladuras.

Pero en determinado momento, cuando se produjo el cuarto impacto, la nave circular efectuó una maniobra tan insólita que por fuerza había que comprender que en esta ocasión el daño recibido había sido mayor: de repente, se desplomó, en la infinitud del espacio.

Se desplomó.

Igual que una piedra dejada de la mano súbitamente, la nave circular cayó a increíble velocidad, sumergiéndose en la oscuridad rutilante de estrellas, planetas, meteoros, cometas y soles. Simplemente, se «desplomó». Tal vez cayó un millón de kilómetros, tal vez mil billones de kilómetros, quizá un billón de trillones de kilómetros.

Simplemente, se desplomó hacia la oscuridad que parecía no tener fin en parte alguna.

CAPITULO PRIMERO

El abuelo estaba durmiendo, pero Eddy rio lo conseguía. Hacía demasiado calor, se oía el canto de algunos insectos, y, por si necesitaba más, el abuelo roncaba que parecía una orquesta. De cuando en cuando emitía un ronquido sincopado, múltiple, como un enloquecido solo de batería, se daba la vuelta, y seguía durmiendo, sin roncar durante dos o tres minutos.

Pero volvía a la carga.

Era un concierto de ronquidos, y había que resignarse. La única solución era que tuviesen una casa grande, o al menos lo suficientemente grande para que cada uno pudiera disponer de su dormitorio. Bueno, había otra solución, y era salir a dormir fuera de la choza, pero entonces estaba el inconveniente de los mosquitos.

O sea, que no había manera de dormir.

Claro que, a los doce años, esto no era ninguna tragedia. Al día siguiente se sienta uno junto a un árbol, a la fresca sombra, y se queda dormido tan ricamente, y aquí no ha pasado nada. Además, ¿para qué dormir tanto? Eddy recordaba al respecto una frase que había leído hacía tiempo: cuanto más se duerme, menos se vive...

Pero bueno, una cosa era no dormir y otra era, además, estar pasando calor. Esto ya era demasiado. De modo que

Eddy se levantó, y fue a sentarse frente a la ventana protegida contra los mosquitos por aquel bastidor con tela metálica que había confeccionado el abuelo. Claro que tenían mata- mosquitos, eléctrico, de ese que se enchufa, pero Eddy sabía muy bien por experiencia que lo mejor contra los mosquitos es impedir que entren en casa.

Aunque... ¿quién había de querer entrar en la casa de Eddy y de su abuelo Ed Barnes? Seguramente, ni los mosquitos. Una choza con un recibidor-comedor-cocina, un pequeño cuarto con los servicios mínimos, y un dormitorio. Y todo viejo y ruinoso...

La noche era espléndida. Sin luna, pero reverberante de aquella luz estelar que siempre había fascinado a Eddy. Era lo que él llamaba la «oscuridad luminosa», y él se entendía.

Lo que no había entendido tiempo atrás fue la frase respecto a que quien mucho duerme poco vive, de modo que había ido a

interpelar a su profesor, el admirado Lyndon Crane.

—Señor Crane: ¿por qué las personas que duermen mucho viven poco?

—¿De dónde has sacado eso?

—Lo he leído.

—¿Dónde? Y no me digas que en un libro. Dime en *qué* libro, o en qué revista o cómic, ¿comprendes?

—Lo leí en una novela. Lo decía un personaje.

—Tráeme esa novela. A ver qué ha querido decir realmente el autor. Es que los hay que se las quieren dar de geniales y sólo dicen bobadas, ¿sabes?

Eddy le llevó la novela a su admirado profesor Crane, el cual, tras leer unos párrafos, comprendió el verdadero sentido de la frase, y se la explicó muy bien:

—No se trata de que dormir mucho acorte la vida, Eddy, sino de que cuando uno está dormido no se entera de nada de la vida, y así, pierde horas de ver qué pasa en la vida.

Cada hora dormida es una hora menos de juego, de estudio, de amor o de trabajo, así que si por ejemplo tú vives al día dieciséis horas porque duermes ocho, vivirías veinte si durmieras cuatro. Pero la vida no se acorta por dormir... Es más, necesitamos inapelablemente dormir.

—¿Por qué?

—Porque el organismo necesita ese tiempo de descanso para reponer energías, digan lo que digan. Tal vez una persona necesita dormir ocho horas, otra necesite diez, y otra cinco, pero todos tenemos necesidad de dormir, tanto como de comer y beber.

Era un sabio el profesor Crane.

Eddy había decidido hacía ya tiempo que cuando fuese mayor seria profesor, como Lyndon Crane, que era el tipo más formidable que había conocido enseñando y tratando a los muchachos. Y eso que tenía tremendas dificultades y contratiempos debido a su...

El fulgor apareció de repente. O tal vez fue que Eddy, inmerso en

sus pensamientos de modo tan profundo y total, lo había estado viendo hacía varios segundos, pero todavía no había asimilado la imagen. Como fuese, para él apareció de pronto.

Por un instante pensó que estaba viendo una estrella insólitamente grande, una que nunca había visto hasta entonces pese a que tantas y tantas noches se pasaba ratos mirando al cielo. Pero no, no era una estrella. Brillaba más, era más grande, y su color, su resplandor, era dorado. Talmente como si fuese un trozo de sol.

«Atiza —pensó Eddy—, ¡no se estará cayendo el sol a pedazos!»

El fulgor ganó en intensidad y un poco en tamaño. Bueno, tampoco era tan grande como podía pensarse al principio; lo que pasaba era que tanta luz parecía agrandarlo, ampliarlo. Era más luminoso que cualquier cosa que Eddy hubiera visto jamás. Y producía una luz preciosa, hermosísima, increíble. Como hecha de oro. Caía velozmente.

- de pronto, aquella luz estalló.

Fue talmente como una bengala de castillo artificial: se partió, se abrió, reventó en muchas luces más pequeñas, que se expandieron como formando una preciosa sombrilla sobre las límpidas aguas de Pamlico Sound. Por un instante, realmente pareció que sobre la cerrada bahía de la costa norteamericana se hubiera abierto una fantástica sombrilla hecha de luz, y todo pareció más hermoso y dorado, y sobre todo más exótico que durante el día. Luego, siempre todo a una velocidad increíble, el resplandor se hundió en las aguas de la bahía.

Había sido todo como un sueño, como una ilusión, en efecto como un breve castillo de fuegos artificiales que se hubiera hundido raudamente en el mar.

Pero no había sido un sueño.

Eddy sabía perfectamente que estaba despierto, y que lo había visto: había llegado un trozo de sol, se había roto en muchos pedazos, y se había hundido en el mar. Seguro.

Ahora todo estaba normal, todo igual que antes: cielo despejado, hermosas estrellas rutilantes.

Eddy reaccionó por fin, y se acercó a la cama de su abuelo, el viejo Ed, que por supuesto estaba emitiendo una de sus sinfonías de

ronquidos, respingos y gruñidos.

—Abuelo... ¡Abuelo, despierta! —Eddy zarandeó al vejete—. ¡Abuelo, despierta, ha pasado algo!

Ed Barnes se movió, gruñó, suspiró, refunfuñó, maldijo, carraspeó, se dio una vuelta, otra, abrió los ojos, los cerró... De repente se quedó inmóvil en la cama, panza arriba, abrió pausadamente los ojos, y vio a su nieto de pie junto a su catre.

—¿Qué pasa, Eddy?

—Algo ha caído a la bahía, abuelo. Parecía un trozo de sol, que se ha roto en muchos pedazos.

Hubo unos segundos de silencio. Luego, Ed Barnes dijo:

—Un trozo de sol.

—Sí, abuelo.

—Eddy, vuelve a la cama. Y procura no soñar esas cosas.

—¡Abuelo, te digo que ha caído algo que parecía un trozo de sol! ¡Yo no estaba soñando!

—Bueno —reflexionó Ed Barnes—, si ha caído un trozo de sol seguro que se ha apagado en el agua, así que se fastidió el negocio.

Eddy rió, y dijo:

—De verdad que no lo he soñado, abuelo.

—De acuerdo, pero ya nada podemos hacer, ¿verdad? Vamos a seguir durmiendo, y mañana ya veremos qué hacemos. Te apuesto a que si ha caído un trozo de sol a la bahía ahí estará por la mañana, y entonces ya iremos con la barca a ver si lo encontramos. *¿O.K.,* Eddy?

—Está bien, abuelo.

El vejete suspiró, de nuevo se movió, farfulló, carraspeó, gruñó y todo lo demás, y, casi en seguida, quedó dormido de nuevo. Eddy estuvo unos segundos todavía inmóvil junto al catre. Luego, regresó a la ventana, y estuvo mirando el mar a través de la tela metálica mosquitera. Luego, salió del dormitorio, cruzó el recibidor-comedor-cocina, y salió de la casa, cubierto solamente con los pantalones del pijama, y descalzo, cosa esta última que no le impidió correr hacia el

pequeño embarcadero.

¿Había caído un trozo de sol o no?

Saltó a la barca, y, prescindiendo del motor para no hacer ruido que por supuesto despertaría a su abuelo, zarpó bahía adentro, dándole con sabiduría a los remos.

Ni siquiera sabía qué esperaba encontrar. Es decir, simplemente, ni siquiera se lo había planteado ni preguntado en modo alguno. Pero remó hacia donde le parecía que había caído uno de los trozos de sol. Y no era fácil que Eddy se desorientara, pues desde que naciera estaba navegando por aquella bahía en compañía de su abuelo, y, desde hacía ya no menos de tres años, el solo en muchas ocasiones. Sabía tomar referencias de mar a tierra y de tierra a mar... Sabía que localizaría el punto exacto.

Pero esto, que en la realidad de la práctica seguramente no le habría sido tan fácil a Eddy, se lo facilitó la luz.

La luz que vio en el fondo del mar.

A medida que se iba acercando al lugar donde él sabía que había caído uno de los trozos, el resplandor iba aumentando en intensidad, y siempre con aquel tono precioso como de sol y oro. Sintiendo una profunda emoción que hacía palpitar con tremenda fuerza su corazón, Eddy continuó remando hacia el punto exacto, hacia la luz.

Esta, dorada, bellísima, parecía esparcirse bajo las limpias aguas en forma de una estrella jamás vista anteriormente, y cuando Eddy llegó justo encima su resplandor era por completo fascinante, subyugante. ¡Qué hermosa luz bajo el agua, qué iluminación tan perfecta, tan dorada, tan bella...! Eddy podría ver todo el fondo arenoso, que habitualmente era de un color blancuzco y que ahora parecía de oro molido. No había algas en aquel trozo, y el resplandor se esparcía libremente, formando como una gran mancha de oro en el fondo del mar.

—¿Qué puede ser? —se preguntó Eddy, un poco sobrecogido—. Quizá sea un meteorito, o algo parecido... Sí, seguramente es una piedra procedente del espacio... ¡Caray, si es eso debe ser interesante de examinar! Seguro que el señor Crane sabría qué hacer con ella.

Todavía estuvo titubeando unos minutos, siempre mirando aquel bellísimo resplandor. Y finalmente, tras quitarse los pantalones del pijama, Eddy se lanzó al agua de cabeza, braceando en seguida para

alcanzar profundidad que por allí no era superior a los cinco o seis metros. Profundidad que por cierto no preocupaba en absoluto a Eddy, que sabía nadar y bucear desde los tres años.

Incluso con los ojos cerrados veía el resplandor bajo el agua, que se hizo intensísimo cuando profundizó. Pensó en regresar a la casa en busca de unos lentes, para ver mejor de qué se trataba, pero de repente se dio cuenta de que, en el centro del resplandor, veía perfectamente el objeto que lo emitía.

Parecía un prisma. Un pequeño prisma hecho de cristal de oro. Lo estaba viendo perfectamente, nítidamente, para su sorpresa, pues aunque estaba acostumbrado a recoger cosas del fondo del mar aun no llevando los lentes, nunca las había visto con claridad semejante.

Se quedó entre dos aguas, que quizá a un par de metros del prisma de luz, observándolo, tan absorto que casi se olvidó de que tenía que respirar... Regresó a la superficie, tomó aire, y volvió a sumergirse.

Esta vez se acercó más al prisma de luz que parecía de cristal de oro, viéndolo de nuevo con toda nitidez. Regresó otra vez a la superficie, tomó aire, y descendió de nuevo.

Esta vez su mano derecha casi tocó el prisma de luz. Deseaba tocarlo, lo tenía al alcance fácil de su mano, pero un temor instintivo le impedía terminar el gesto tan simple de terminar de acercar la mano y cerrarla sobre la luz.

Volvió a la superficie, tomó aire, y bajó otra vez.

- ya no titubeó más.

Su mano se cerró sobre el prisma de luz que parecía hecho de oro y de sol.

* * *

—¡Caray! —exclamó Ed Barnes, rascándose la casi calva coronilla —. ¡Caray, de modo que era cierto, maldita sea mi estampa!

—Ya te lo dije, abuelo, pero no quisiste creerme — fe recordó

Eddy.

—¡Claro que te creí! —masculló Ed—. Lo que pasa es que estaba dormido.

—Nada de eso —rió el muchacho—. Te despertaste completamente, pero me dijiste que yo había estado soñando, no quisiste hacerme caso. Y ya ves...

Eddy señaló con un gesto hacia las aguas de Pamlico Sound, sobre las que había un movimiento inusual de embarcaciones de toda clase. La radio lo había dicho: la madrugada anterior muchas personas habían visto caer desde el espacio una intensa luz que tras extenderse sobre la bahía había desaparecido bajo sus aguas. Había habido llamadas a la radio, a la policía, al FBI, a los guardacostas... Y desde las primeras luces del día estaban allí los buscadores de la hermosa luz dorada.

Estaban allí, pero nadie parecía saber nada de nada, nadie tenía ninguna idea clara al respecto, nadie podía decir de qué se trataba.

—Vaya —movió la cabeza Ed—, después de esto seguro que Pamlico Sound se va a hacer famosa, muchacho. Ya verás, saldremos en los periódicos, en la televisión, en la radio... Por cierto, dice la radio que están llegando a Hatteras cientos de periodistas, en lanchas y helicópteros y hasta en hidroaviones... Te digo, muchacho, que la gente está loca. Porque vamos a ver: ¿qué más da lo que sea que haya caído ahí? ¿Qué puede ser? ¿Eh? Una piedra. Pura y simplemente una piedra, un trozo de algo del espacio... ¿A que sí?

—No sé, abuelo — murmuró Eddy.

—Toda esta gente está perdiendo el tiempo, pero bueno, allá cada cual, ¿no te parece? Nosotros estamos de vacaciones, y ver todo este movimiento resulta divertido. Oye, por cierto, tendrías que llegarte en bicicleta a Hatteras, a comprar algunas cosas.

—Está bien, abuelo.

—Y no te entretengas demasiado allá, porque ya verás, seguro que esos periodistas vendrán a preguntarnos cosas a nosotros, y quiero que salgas conmigo en las fotografías y en la televisión.

—¿Por qué han de venir a preguntarnos a nosotros? —pareció alarmarse Eddy.

—Hombre, tú verás... Hatteras está a media milla de aquí, en este jodido kayo que cierra Pamlico Sound, y allá la gente está siempre rodeada de luz. La luz de las casas y de las calles, ¿comprendes? Y la luz no deja ver bien el cielo. En cambio, desde aquí, desde nuestra casa, se ve todo el cielo de maravilla. Más de un listo pensará esto y vendrá a preguntarnos si nosotros vimos qué es lo que cayó. Ya lo verás, ya. Y cuando les digamos que tú viste eso que cayó, y que...

—Yo no quiero decirlo, abuelo.

—¿Eh? ¿Qué? Bueno, ¿y por qué no? Escucha, sólo se puede tratar de una piedra, ¿no es así? Si parecía de luz y todo eso que dices es porque al caer, el roce con la atmósfera lo puso al rojo vivo, y ya está. No me digas que tu admirado señor Crane nunca te habló de esas cosas.

-Sí.

—Bueno, pues ya sabes de qué va el asunto. Bueno, ¿vas a o no vas a Hatteras?

—Sí, abuelo.

—Y déjate de monsergas: si vienen por aquí haciéndonos preguntas las contestaremos. ¡Hombre, pero si va a resultar muy divertido, ya lo verás!

CAPITULO II

Lo que más sorprendido tenía a Eddy era que todavía no hubiesen encontrado ningún trozo de prisma luminoso. Cada hora que transcurría había más embarcaciones en la bahía, pero al parecer nadie había encontrado nada. Lo cual era, cuando menos, intrigante, ya que a Eddy le constaba que la profundidad no era excesiva en la mayor parte de Pamlico Sound.

¿Tal vez alguien había encontrado un trozo de prisma y se lo había guardado sin decir nada?

Esto era perfectamente posible, él lo sabía.

Era ya casi mediodía cuando vieron llegar la lancha. Con anterioridad habían llegado otras embarcaciones, y gente en coches procedentes de Hatteras, media milla al norte de la casa, solitaria en aquella larga playa. ¡Con lo bien que se vivía allí, tan tranquilamente...! Pero bueno, había afrontado la situación: habían llegado periodistas, habían hecho preguntas y tomado fotografías, y se habían marchado..., por supuesto sin que Eddy les dijera ni remotamente la verdad.

Pero ahora llegaban más periodistas, y finalmente tal vez alguno más avispado que los otros supiera darse cuenta de la actitud retraída y recelosa del muchacho...

—Ahí vienen más... —pareció pasmarse el viejo—. ¡Muchacho, te digo que esta gente de la prensa es incansable! ¿Y sabes una cosa?

—¿Qué cosa, abuelo?

—Bueno, quizá debimos cobrarles algo por nuestras informaciones, ¿eh? A fin de cuentas no se puede decir que seamos precisamente millonarios... ¡Ahí va, qué hembra! ¡La madre que la...!

Eddy miró hacia el embarcadero, riendo, convencido de que era una broma más de su abuelo referente a las mujeres y al sexo. Le gustaban todas, absolutamente todas las mujeres. «Muchacho —solía decir—: el día que no me guste una mujer clávame una estaca en el corazón, porque no seré un ser vivo y normal, sino un vampiro de esos mal muertos, ¿comprendes?»

Pero esta vez no era una broma del abuelo.

Esta vez incluso Eddy se quedó pasmado, maravillado.

Jamás, nunca en su vida había visto una mujer como aquélla. Debía medir metro setenta y cinco, era pelirroja, tenía los ojos verdes y enormes, un cuerpo de diosa, y la blanquísima carne adornada por más pecas que cabellos cabían en cabeza humana. Vestía unos shorts negros y una blusa del mismo color, muy ligera y escotada, y calzaba unas fantásticas sandalias con tacón alto que la colocaban por encima del metro ochenta. Contemplar aquella mujer era llevarse el gran pasmo de la vida.

—¡Hola! —saludó ella, acercándose—. ¿Qué tal? ¿Son ustedes los que han entrevistado los de la radio? ¿Son Ed y Eddy?

—Dios nos ampare... —jadeó el viejo Ed—. ¡Pero si hasta habla y todo! Oye, Eddy, ¿sabes lo que le haría yo ahora mismo a esta hembra? ¿Eh? ¿Lo sabes?

—Sí, abuelo.

—¿Qué haría?

Eddy lo iba a decir, pero la pelirroja llegó ante ellos, yoptó por no escandalizarla con expresiones que seguramente no correspondían a un muchacho de doce años.

—Apuesto a que sí —dijo—, a que son Ed y Eddy. ¡No pueden ser otros!

—¿Y usted quién es, esplendor de la vida? —graznó Ed.

—Me llamo Celeste Parks —rió la muchacha—, y soy meteoróloga.

—Mete... ¿qué? —deslizó Ed.

—Meteoróloga.

—Ah, sí, ya, de esas personas que saben cosas del tiempo.

—Y de meteoros. Por eso estoy aquí. A fin de cuentas todo el mundo sabe qué tiempo hace en verano, de modo que he preferido dedicar unos días al meteorito de Pamlico Sound.

—No es un meteorito —dijo Eddy.

—¿No? ¿Qué es? —b miró amable y expectante la pelirroja.

Eddy hubiera querido arrancarse la lengua, pero ahora ya no valía la pena. Estaba tan fascinado por el esplendor de aquella mujer, que se había distraído y había dicho lo que hasta entonces no había querido decir.

—No sé —dijo tras titubear.

—Él lo vio caer —dijo Ed—, pero eso no quiere decir que sepa lo que es, ¿comprende?

—Claro... —sonrió de nuevo Celeste Parks—. ¿Serías tan amable de darme un poco de agua, Eddy?

Este asintió, y se dirigió hacia la casa. Celeste Parks le siguió, y entró tras él, sintiendo en su espalda la perforante mirada del viejo Ed, que se quedó como clavado al suelo cuando, al ir a entrar detrás de ella, Celeste le cerró la puerta ante las narices.

Eddy sirvió agua de una botella, y le tendió el vaso a la pelirroja, que bebió lentamente, sin dejar de mirarlo con fijeza. Le devolvió el vaso.

—Gracias. Tenia una sed terrible, llevo toda la mañana bajo el sol. ¡La de veces que he estado a punto de darme un baño! Pero cuando se está trabajando, pues... se está trabajando. ¿No te parece?

—Sí.

Celeste Parks seguía mirando intensamente a Eddy. Tras unos segundos de silencio, murmuró:

—Vamos, Eddy, dime la verdad: ¿por qué has dicho que no es un meteorito? ¿Lo has visto? Quiero decir: ¿lo has visto bien, lo suficientemente de cerca para, sin entender de esto, saber que no es un meteorito?

—Sé lo que es un meteorito —replicó Eddy—: el señor Crane nos lo ha explicado y detallado como él sabe hacerlo.

—¿Quién es el señor Crane?

—Mi profesor. Hace días que no lo veo, porque ahora estamos de vacaciones.

—¿Quieres decir que es un maestro escolar?

—Claro. El mejor. Apuesto a que él sabe de meteorología tanto

como usted. Sabe de todo.

—Vamos, que es una enciclopedia viviente —frunció el ceño Celeste.

—No es una enciclopedia, pero sabe de todo. Es el hombre más inteligente que he conocido en mi vida.

—De acuerdo. En ese caso, y contando además con que tanto sabe, sin duda te enseñó bien lo que es un meteorito.

Y puesto que has dicho que lo que cayó no es un meteorito, tiene que tratarse de otra cosa, ¿no crees?

—Claro.

—Pero... ¿cómo sabes tú que no se trata de un meteorito? Vamos, digo yo que para decir que una cosa no es estooaquello hay que verla bien... ¿Has visto tú de cerca lo que sea que cayó? ¿Muy de cerca? ¿Cuánto de cerca?

Eddy se pasó la lengua por los labios, y miró hacia la puerta. Los verdes ojos esmeraldinos de Celeste Parks pare- dan privarle de la voluntad, le impedían mover los pies. ¡Tan fácil que era ir a la puerta, abrirla y salir, y no conseguía moverse!

—¿Tal vez tienes tú ese objeto? —deslizó suavemente Celeste—. Veamos, lo viste caer al agua, nadaste hacia allá, y lo encontraste y lo sacaste del mar. ¿Fue así, Eddy? ¿Lo tienes tú?

Eddy deseó con todas sus fuerzas que ocurriese algo, cualquier cosa que lo liberase de las preguntas y la presencia de aquella hermosa muchacha. Y justo en ese momento afuera se oyó el zumbido poderoso de una moto, y la voz destemplada del viejo Ed saludando a alguien. Eddy casi gritó de alivio.

—Ese que acaba de llegar es el señor Crane —dijo—: conozco el zumbido de su moto, porque la cuida muy bien y suena diferente a las demás.

—Ya. Vamos, que el señor Crane también entiende de motocicletas.

—¡Ya lo creo!

—¿Y de qué más entiende el señor Crane? —comenzó a

mosquearse la muchacha.

—Ya le digo que de todo. Es un genio.

—Un genio que trabaja de profesor en una escuela normal, ¿eh?

—Sí, claro.

—Ya. Bueno, tal vez habría que avisar a las autoridades nacionales para que se ocupen del señor Crane, a fin de que su talento no se desperdicie. Pero mientras tanto, Eddy, si quisieras contestar a mis preg…

—Si no le importa saldré a recibir al señor Crane. ¿Le gustaría que se lo presentase?

Interiormente Celeste Parks envió al señor Crane al mismísimo infierno, por su inoportuna presencia. Acto seguido, se lo imaginó mientras el muchacho se lo presentaba: delgado, encorvado, un anciano ya, con lentes, aspecto de comadreja de biblioteca, pálido…

—Claro que me gustaría, Eddy —consiguió sonreír Celeste—: tus amigos son mis amigos.

Eddy sonrió, asintiendo, y abrió la puerta en el mismo momento en que se disponía abrirla desde fuera Ed, que entró rápidamente, dirigiendo una mirada codiciosa a la tremendamente hermosa y sexy pelirroja. Detrás de Ed entró el señor Crane, y Celeste Parks, que acababa de sacar el paquete de cigarrillos y el encendedor de su bolso de bandolera, sufrió el más tremendo shock de su vida: se quedó con la boca abierta, el cigarrillo que se llevaba a los labios cayó al suelo, el encendedor cayó al suelo…, y ella no cayó de espaldas por un milagro de puro y simple equilibrio de los cuerpos. Vagamente oyó la voz de Eddy haciendo las presentaciones, y entonces el señor Crane se acercó a ella con la mano tendida, sonriendo.

—¿Qué tal, señorita Parks? —se interesó amablemente.

Celeste cerró la boca, y miró de arriba abajo al gigante negro que tenía ante ella. No debía medir menos de metro noventa, y era delgado, pero con unas proporciones y una musculatura de atleta admirables y sobrecogedoras. Tal vez tendría treinta años. Llevaba el cabello corto, era de una belleza viril fuera de serie, y tenía los ojos más nobles e inteligentes que Celeste Parks había visto nunca. Vestía unos tejanos y una camisa amarilla.

—¿Eh? — logró alentar por fin la pelirroja.

—¿Cómo está? —frunció un poco el ceño el señor Crane—. Encantado de conocerla.

Seguía mirándola fijamente, y, justo en el momento en que, reaccionando ya del todo por fin, ella se disponía a tenderle la mano, él la retiró, con un gesto frío y altivo.

—Lo mismo digo —murmuró Celeste.

—Ya. Es usted muy amable.

La situación, de pronto, era dura, fría, casi hostil. Celeste no sabía qué hacer.

—Yo también beberé un poco de agua —dijo Ed—. Toda la mañana charlando con tanta gente da mucha sed. ¿Sabe que han estado aquí muchos periodistas, Lyn?

—Desde luego — el negro atleta volvió la cabeza hacia Ed, y pareció que su cuello fuese a reventar de finos músculos—. Los estuve escuchando por la radio. Precisamente eso me ha impulsado a venir aquí, para conversar un rato con Eddy.

—Seguro que a usted se lo cuenta todo —no pudo reprimirse Celeste.

—Sería natural —deslizó suavemente el impresionante Lyndon Crane—: Eddy me conoce hace tiempo. Y a propósito de eso, él nunca me habló de usted... lo que demuestra que no me lo cuenta todo.

—Acabamos de conocernos esta mañana.

—Ah. Y dígame, señorita Parks: ¿a qué ha venido usted aquí exactamente?

—No tengo por qué darle explicaciones a usted, señor Crane.

—Desde luego que no. Y no era ninguna exigencia por mi parte, sino simple cortesía. Me pareció educado interesarme por sus cosas.

—Pues es precisamente todo lo contrario de educado.

—Tal vez tenga razón —reflexionó Lyndon Crane—. Así pues, voy a desinteresarme totalmente por sus asuntos y llevarme de aquí a Eddy. Mi idea al venir...

—Usted sabe muy bien que yo he venido aquí expresamente para hablar con Eddy y con su abuelo.

—Sí, lo sé, pero si no debo interesarme por sus asuntos… ¿por qué tener la consideración de esperar a que usted termine de conversar con ellos? Eddy es mi amigo, y si le digo que se venga conmigo es asunto terminado.

—Ya veo. Es usted un…

De pronto, Celeste se calló, y quedó como perpleja. Ed y Eddy, que iban mirando entre divertidos y preocupados de una a otro mientras sostenían la absurda discusión, quedaron con la mirada fija en la bella pelirroja, a la que, por supuesto, también miraba con toda atención Lyndon Crane. Este frunció de nuevo el ceño, pareció a punto de hablar, y quedó con la boca abierta, todo él inmóvil.

El silencio.

El increíble silencio.

Hasta entonces habían estado percibiendo diversos ruidos en el exterior, desde motores de lanchas a helicópteros, voces, el rumor del mar…, formando todo un sonido ambiental que formaba simplemente parte de su entorno, y que aceptaban con toda naturalidad.

Ese sonido, cualquier sonido, había cesado.

Ahora no se da nada.

Era como hallarse de pronto dentro de una apretada cámara de silencio absoluto.

—¿Qué pasa? —susurró Ed Barnes.

Lyndon Crane se dirigió a la puerta, la abrió, y salió, seguido casi pisándole los talones por Celeste Parks, y en seguida por Eddy y Ed Los cuatro quedaron atónitos… y aterrados.

No había nada allí, en el mar. Todo había desaparecido. Tampoco en el cielo se veía aparato alguno. El mar parecía talmente una lámina de acero reflejando el sol, que había adquirido una tonalidad blancuzca. Era como si de repente un paisaje natural se hubiera convertido en un paisaje pintado, como si lo que estaban viendo fuese eso, un cuadro, una lámina, no la realidad de un paisaje vivo y auténtico. El mar parecía muerto, y estaba vacío, como el cielo. Ni

barcos, ni hombres, ni aparatos voladores, ni ruido, ni movimiento de ninguna clase. Nada.

Absolutamente nada.

—Dios mío... —jadeó Celeste—. ¿Qué está pasando?

Lyndon la minó, y eso fue todo. Luego, volvió a mirar el mar y el cielo. Ed Barnes se pasó las manos por la cara, y luego farfulló:

—Debo estar volviéndome loco. ¿Dónde están todos?

—Se los han llevado — dijo Eddy.

—¿Se los han llevado? — lo miró vivamente Celeste—. ¿Adónde?

Eddy la miró, despacio. Luego se alejó un poco de la casa, y miró hacia el cielo por detrás de aquélla, volviéndose. Señaló silenciosamente hacia un punto del espacio, y su abuelo, Lyndon y Celeste se colocaron junto a él y miraron hacia el mismo sitio. Ed Barnes casi se atragantó, y quedó con la boca abierta, lívido de pronto. Lyndon y Celeste se quedaron mirando incrédulamente la enorme nave alargada que estaba suspendida silenciosamente sobre el mar, por detrás del kayo cuyo nombre era Hatteras Inlet, es decir, sobre el océano abierto, a unas cinco o seis millas de la costa..., pese a lo cual se veía perfectamente y en toda su magnitud.

—No es posible —jadeó Celeste.

—¿Por qué no? —susurró Lyndon.

—Quieren la luz —dijo Eddy.

Lo miraron los tres, sustrayéndose no sin dificultades a la fascinación que ejercía sobre ellos la silenciosa nave enorme y rutilante.

—¿Qué luz? — preguntó Eddy.

—La luz que cayó anoche a la bahía, la que se hizo pedazos... Han venido a buscarla, pero no es de ellos.

—¿De qué estás hablando? —saltó Ed—. ¿Qué sabes tú de esto?

Eddy miró a su abuelo, y sonrió.

—Yo lo sé todo, abuelo —dijo.

—Pero... ¿qué demonios te pasa? —saltó el viejo Ed—. ¿Qué es lo que sabes?

—Ya ha dicho que todo, ¿no? —intervino Celeste—. Escucha, Eddy, lo mejor que puedes hacer, considerando que tienes personas mayores en las que apoyarte y confiar...

Hubo de pronto como una vibración en el aire, y Eddy miró en seguida hacia la nave, siendo imitado por los demás. De nuevo quedaron paralizados por el asombro y la inquietud, rayana en el temor cuando vieron aparecer por la parte inferior de la nave cinco o seis objetos relucientes que flotaban suavemente en un aire quieto y blancoazulado.

De repente, Eddy regresó corriendo al interior de la casa. Fue al dormitorio, alzó el colchón de su catre, y apareció el resplandor del pequeño trozo de prisma dorado. La mano de Eddy lo asió en el acto, y, como la noche anterior bajo el agua, tuvo aquella sensación de ser empapado interiormente de algo absolutamente nuevo y maravilloso. Experimentó la súbita sensación de paz, de sosiego infinito, de sabiduría sin límites, de poder magnífico...

Fue como si desde su mano apretada sobre el prisma dorado llegara un nuevo modelo de pensamiento, de vida, de fuerza.

Deseó estar fuera, con su abuelo; y, sin transición alguna, sin que hubiese transcurrido tiempo, se encontró en el exterior, junto a Ed, Lyndon y Celeste, que respingaron cuando, simplemente, se materializó junto a ellos en lugar de salir de la casa por la puerta.

—¡Dios nos ampare! —exclamó Ed—. ¡Muchacho...!

En un instante, en silencio, la media docena de objetos relucientes que se habían desprendido de la enorme nave estuvieron allí, frente a ellos, ante la playa de Pamlico Sound, en aquella especie de laguna cerrada por el kayo de la cual había desaparecido todo vestigio de vida.

Las pequeñas naves se posaron en el arenal, y de cada una de ellas, por una pequeña compuerta, aparecieron dos... seres, o cuando menos dos cosas que se movían. Un pensamiento pasó por la mente de Lyndon Crane: parecen mantis...

Los seres de color verdoso y relucientes órganos ópticos saltones y rosados no producían el menor sonido. Parecían, en efecto, mantis aladas, provistos de delgadas patas plegables. Cuatro extremidades

superiores mostraban diez ramificaciones, que debían servir como dedos, pero sin palma, sin mano.

Caminando con un extraño vaivén como de pato, dos de los seres extraterrestres se acercaron despaciosamente a Eddy, quien de pronto apretó el prisma contra su pecho, y dijo:

—No os lo daré. ¡Es mío!

Inconscientemente, Ed, Celeste y Lyndon pensaron que el muchacho debía haberse vuelto loco para pretender que aquellos seres evidentemente alienígenas le entendieran. Sin embargo, su sorpresa fue mayúscula, y hasta provocó una reacción de temor en Celeste, cuando una de aquellas mantis de ojos rosados replicó, en inglés idéntico al de ellos:

—No es tuyo. Lo ganamos nosotros. Entréganoslo.

—Marchaos si no queréis que os destruya —dijo Eddy.

—Nosotros podemos destruirte a ti y todo lo tuyo, y lo sabes muy bien, como sabes que tú nunca, podrás destruimos. Entréganos la luz del poder.

—¡No!

—Entonces vamos a destruiros también a vosotros. No hemos querido atacar esta casa porque sabíamos que en ella estaba la luz que buscamos, pero si no nos entregas...

De repente, (tejaron de oír al ser. Fue talmente como si hubieran estado oyendo una radio y de repente fuese desconectada. El ser todavía estaba ante ellos, pero no lo oían. Le vieron mover lo que podía calificarse de manos, haciendo gesticulaciones extrañas. Eddy rió, y los otros tres lo miraron, sorprendidos e impresionados.

—¡Ya no podrán hacemos nada! —exclamó el muchacho.

Ninguno de los tres entendía nada. Las doce mantis que habían llegado en las pequeñas naves regresaron a éstas, desaparecieron en su interior. Y de pronto, de cada nave comenzaron a brotar rayos delgadísimos de algo que sólo pudieron definir como luz negra...

El sobresalto de Celeste, Lyndon y Ed fue tremendo, pero Eddy se echó a reír.

—¡Ya podéis disparar, ya…!

Los rayos de luz negra llegaban hasta un par de metros de ellos, parecían chocar con algo allí, y se esparcían por un brevísimo instante formando algo parecido a una mancha de tinta, para desaparecer en el acto… Era como si les estuvieran tirando manchas de tinta que se esfumaba al instante… a dos metros de ellos.

Lyndon Crane dio un par de pasos, extendió los brazos, y sus manos tocaron algo que sus ojos no veían. Tanteó a derecha e izquierda, y siempre encontró lo mismo: el fino tacto de algo que no veía, algo que formaba como una barrera contra los disparos de luz negra, que consumía su tremenda energía allí y desaparecía. Celeste se colocó junto a Lyndon, y tocó también aquello que no veía en modo alguno.

—No tengo ni idea —replicó Lyndon—…, pero Eddy lo sabe. ¿Verdad, Eddy?

—Es una protección contra los disparos — dijo el muchacho.

—Pero… ¿qué es, de dónde ha salido? —insistió Celeste.

—Ha salido de mí. No sé lo que es, pero ha salido de mí: he deseado algo que nos protegiera de su ataque, y eso ha salido de mí, ha sido creado por mí.

—Cielo santo —gimió Ed, reaccionando—, este pobre muchacho se ha trastornado…

—No, abuelo — b miró sonriente Eddy, tendiéndole el trozo de prisma—. Toma, agarra esto, y comprenderás en seguida lo que te estoy explicando.

CAPITULO III

Ed Barnes retrocedió vivamente un par de pasos, retirando sus manos de las posibles proximidades del prisma.

—¡Aparta eso de mí! —exclamó.

—No seas tonto, abuelo —rió el muchacho—. ¡Es la luz del poder, no te hará mal alguno, al contrario...!

Ed miró la luz que brotaba de la mano de su nieto, y luego las manchas negras que estallaban y desaparecían ante ellos, ahora en todo su alrededor, pues las pequeñas naves se habían distribuido de ese modo para seguir disparándoles, siempre en vano. De repente, las seis naves desaparecieron, lanzándose hacia la alto a una velocidad sencillamente increíble. El viejo Ed miró de nuevo a su nieto, que seguía ofreciéndole el prisma de luz.

—¿Qué has dicho que es? — murmuró.

—La luz del poder. Yo sabía que tenía mucho poder, pero no sabía cómo llamarlo, y los nixd me lo han dicho. Los nixd son esos seres parecidos a mantis que quieren quitarme mi luz. Están tan lejos de su galaxia que sólo con la luz del poder conseguirían regresar a ella antes de que les llegue la transición definitiva.

—Muchacho... —movió admirado la cabeza Ed—, ¿de veras sabes de qué estás hablando?

—Cuando tengo en la mano el prisma, sí. Toma, abuelo, no temas nada. Y pide lo que quieras.

—¡Cómo que pida lo que quiera...!

—Sí... —rió Eddy—. Cuando tengas en la mano la luz pide lo que quieras, y lo tendrás.

Ed Barnes miró torvamente a su nieto, pero, aunque todavía con cierta renuncia, extendió por fin la mano. Eddy le puso en ella el trozo de prisma, y, en el acto, cambió el aspecto de ambos. El de Eddy regresó a la normalidad, a lo habitual en él. El de su abuelo pareció una transfiguración extraordinaria; nada en el aspecto exterior, más bien pareció que de su interior brotase una nueva energía, un nuevo resplandor de su personalidad.

—Dios me ampare —suspiró Ed Barnes—, ¿Qué me está ocurriendo?

—¿Se encuentra mal? —exclamó Celeste.

—Todo lo contrario, hijita —la miró Ed—. ¡Todo lo contrario! No me he sentido mejor en toda mi vida… Y siento… tengo la sensación de que no hay nada en parte alguna que yo ignore…, no hay nada que yo no pueda hacer… Y sé que sólo con desear mentalmente una cosa puedo conseguirla en el acto… ¡Je, je! ¡Ji, ji!

—¿De qué te ríes, abuelo? — indagó Eddy.

—Deseo que la señorita Parks se quede completamente desnuda —dijo el viejo Ed.

—¡Oiga…! —protestó la bella pelirroja.

Eddy se desconcertó visiblemente, y Lyndon Crane pareció no saber tomárselo por el lado simpático, y se echó a reír…, mientras a Ed, que la miraba fijamente, parecía que fuesen a saltársele los ojos de las órbitas.

—¡Qué raro! —dijo Eddy—. ¡No se ha quedado desnuda!

—¿Cómo que no? —jadeó Ed—. ¡Ya lo creo que se ha quedado desnuda!

—Claro que no, abuelo.

—¡Claro que sí! No está desnuda para vosotros, pero yo sí la estoy viendo completamente desnuda!

—Vamos, no diga tonterías —masculló Lyndon Crane.

—Pero ¡qué coño de tonterías…! ¡Mi madre, qué cuerpo…! ¡Daría lo que fuese por tener ahora treinta años, para poder…!

Ed Barnes calló de pronto, porque ahora, de repente, eran los otros tres los que le contemplaban con expresión desorbitada. Los fue mirando rápidamente de uno en uno, esperando hallar la explicación a su actitud, y entonces, simplemente, él supo la explicación por sí mismo.

—No es verdad… —susurró—. No es posible…

Se dirigió hacia la casa, y tropezó con la barrera invisible de

protección a los disparos de los nixd. Simplemente, deseó que la barrera desapareciese, y así sucedió. Entró en la casa, fue al diminuto cuarto de aseo, y se miró al espejo...

Cerró los ojos, quedando sin aliento.

Acababa de ver en el espejo la imagen de un hombre de unos treinta años, de facciones fuertes, ojos claros, abundante cabello castaño, hombros anchos... Estuvo recuperando el aliento casi un minuto, diciéndose que lo que acababa de ver no podía ser cierto. Pero cuando abrió los ojos volvió a ver al mismo hombre y fuerte, es decir, a Ed Barnes cuando tenía treinta años. El mismo casi cuarenta años atrás.

Se miró directamente las manos, esperando verlas arrugadas y manchada la piel, pero no fue así. Vio unas manos grandes y sólidas, jóvenes, rebosantes de fuerza. Se sentó en el borde de la media bañera, y al alzar la atónita mirada vio apiñados en la puerta a Eddy, Celeste y Lyndon.

—¿Me veis... como me veo yo? —susurró.

—Claro que sí, abuelo... —dijo Eddy—. ¡Caray, abuelo, eras todo un tipazo!

-Pe-pero... ¿qué... qué está pasando, cómo... cómo es posible esto...? — tartamudeó Celeste.

—Basta desear algo, y la luz nos lo concede —dijo Eddy—. Anoche lo supe, en cuanto toqué el prisma bajo el agua, pero me asusté. Comprendí que estaba consiguiendo unos poderes a los que no estaba acostumbrado, y que tal vez no sabría utilizar, y me asusté. Por eso escondí la luz y no he querido decirle a nadie que la tengo.

—Pero... ¿qué es eso? —murmuró Lyndon—. ¿Qué es la luz, de qué está hecha?

—No lo sé, señor Crane.

—Pero usted sí debe saberlo, que tiene el prisma en la mano —dijo Celeste, dirigiéndose a Ed Barnes—. ¿Qué es la luz, de qué es, de dónde ha salido?

Ed Barnes parpadeó. Se k> veía grandemente perplejo.

—No lo sé —dijo.

—¡Abuelo, tienes que saberlo, teniendo la luz se sabe todo!

—Menos lo referente a la propia luz —dijo el ahora joven Ed Barnes.

—Todo esto es demasiado fantástico —movió Celeste su roja cabellera—. Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos no lo creería jamás. ¡Ni aunque me lo contara mi propia madre!

—La estoy viendo desnuda todavía —dijo Ed, riendo.

—¡No siga con esa broma!

—No es ninguna broma; de veras, la estoy viendo completamente desnuda, señorita Parks. Por todos los tiburones de todos los mares, ¡jamás había visto un cuerpo como el suyo!

—¿Cómo es? —se interesó socarronamente Lyndon.

—Es blanco como nata, salpicado de pecas más sexys que un pubis, turgente y prieto como mármol, cálido como...

—¡¿Se quiere callar?! —protestó Celeste, sofocada de rabia—. ¡No me gusta que me tomen el pelo!

—Pues tiene mucho para perder —dijo Lyndon—. Caramba, hasta yo quisiera tener en la mano el prisma para ver de ese modo a la señorita Parks.

—¡Ya se guardará de semejante cosa...! ¡Oh, pero qué digo, si todo eso son tonterías...!

—Tonterías, ¿eh? —rió de nuevo Ed Barnes—. Tenga, Lyndon, agarre esto un momento, y ya me dirá cómo ve a la señorita Parks...

—¡Traiga eso aquí! —exclamó Celeste, agarrándole la mano.

—¡Démelo a mí, Ed! —exclamó Lyndon, saltando también hacia el ex anciano.

Se encontraron les tres agarrando el prisma, y, de repente, Lyndon Crane se tomó blanco, y Celeste Parks se tornó negra. Fue un cambio súbito y sorprendente en verdad. Tanto que Ed Barnes lanzó una exclamación y soltó el prisma, dejando solos en poder de él a Celeste y Lyndon. Eddy los miraba a los dos sorprendido por lo ocurrido, pues no tenía sentido para él que las cosas hubieran cambiado de este modo.

Celeste Parks era ahora una espléndida negra de cabello todavía más negro que su piel, fuertemente rizado, espeso. Por supuesto que no se veía en su piel ni una sola peca. Una piel tersa, reluciente, hermosísima. Por su parte, el atleta negro Lyndon Crane era ahora un magnífico ejemplar de hombre blanco, rubio, de ojos azules. Era un cambio tan notable en ambos que sencillamente parecía imposible.

—Demonios —jadeó por fin Ed Barnes.

Celeste clavó en Lyndon sus ojos antes verdes y ahora negros como la más negra noche.

—¡Suelte esto! —exigió.

—Suéltelo usted —dijo Lyndon.

—¡Haga el favor de apartarse de mí!

—Lo mismo podría decir yo, ¿no le parece?

—Yo creo —dijo Ed Barnes— que lo mejor sería que lo soltasen los dos, o me temo que algo va a ocurrir. Es evidente que existe entre ustedes un fortísimo antagonismo que podría tener malas consecuencias para ambos. Lo más conveniente es que me entreguen la luz a mí.

—Nada de eso —negó enérgicamente Celeste—. ¡No pienso permitir que usted se dedique a hacer de las suyas conmigo! ¡Y usted, negro del demonio, quite su manaza de encima de la mía!

—¿Negro del demonio? —mascullló Lyndon—. Oiga, encanto, no sé si se ha dado cuenta de que aquí no hay más negra que usted.

—¡Yo no soy negra! ¡Eso es que usted me ha echado una maldición, o ha hecho alguna brujería de vudú, o algo parecido!

—Usted debe estar chiflada, negrita — replicó Lyndon—. ¿A qué viene ahora eso del vudú?

—¡Estoy segura de que todo esto que está ocurriendo es cosa de usted, que ha venido aquí con trucos de magia negra!

—Esta negrita se ha vuelto loca —dijo socarronamente Lyndon.

—¡Es usted un… un palurdo maleducado! —fe espetó Celeste—. ¡Suelte esto de una vez!

Dio un tirón, pero sin conseguir quedarse totalmente con el prisma de luz. Lyndon lo intentó a su vez, también sin conseguirlo. Eddy se acercó a ambos, y pidió:

—Por favor, entréguenme mi luz. Es mía, yo la recogí anoche del fondo del mar.

Celeste y Lyndon, que se estaban mirando como si pretendieran asesinarse el uno al otro, miraron a Eddy, estuvieron así unos segundos, y de nuevo se miraron entre ellos. Lyndon soltó un gruñido, y retiró su mano. Celeste quedó dueña momentánea del prisma, titubeante..., mientras Lyndon Crane retrocedía un paso, y Eddy tendía su mano a la ahora negra pelirroja.

—Está bien —murmuró Celeste—. Tienes razón, Eddy: es tuya.

Se la entregó, y el muchacho apretó el prisma contra su pecho. Había una extraña tensión en el ambiente. Ed Barnes tenía fruncido el ceño. De repente, tendió la mano hacia su nieto.

—Dame eso, Eddy: será mejor que lo guarde yo.

—No, abuelo —rechazó el muchacho—. Seré yo quien lo guarde, pues ahora más que antes sé que debo ser yo quien tenga la luz del poder.

—Pero ¡qué dices, mocoso...!

—Quiero tenerla yo, abuelo. Por favor, que nadie intente convencerme de que debo entregarle mi luz del poder.

—¡Tu luz del poder...! Escucha, esa luz no es de nadie, y si es de alguien ese alguien no eres tú. Cayó del...

—Creo que será mejor que sea Eddy quien tenga la luz, de momento —intervino Lyndon—. Y en cualquier caso, debemos dejar de discutir y de forcejear entre nosotros. Ahí afuera ha ocurrido algo, y tal vez deberíamos interesarnos por ello y buscarle una solución.

—¿A qué se refiere usted? —farfulló el joven Ed Barnes.

—Han desaparecido personas y embarcaciones y aeronaves. Nuestra obligación es intentar localizar cuando menos a esas personas y ayudarlas. Si están prisioneras...

—No... —dijo Eddy—. Ya no. Los han exterminado porque nos

hemos negado a entregarles la luz del poder. Ahora los tirarán al mar desde la nave… Los tirarán al mismo lugar donde quedaron las cenizas de todos los vehículos.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Lyndon.

—Todos los vehículos fueron disueltos, y los seres humanos trasladados a la nave de los nixd. Ahora, éstos han matado a los seres humanos de la Tierra como represalia porque no les hemos entregado la luz del poder. Y querrán que lo veamos todo bien…, para asustarnos. Pero a mí no me asustan. Vamos a ver lo que hacen.

Eddy salió rápidamente de la cabaña, seguido en el acto por su abuelo y por Celeste y Lyndon, que continuaban con los colores cambiados. Lo primero que hizo Eddy fue asegurarse la colocación de la barrera salvadora, y luego todos miraron hacia la gran nave de los nixd, que continuaba suspendida en el espacio, en el mismo lugar. Lyndon y Ed experimentaron un profundo escalofrío, y Celeste se llevó las manos a la boca.

—Dios bendito — gimió.

Eddy miraba con expresión inescrutable el desfile de cadáveres. Un largo desfile de seres humanos que salían de la nave de los nixd, todos ellos rígidos, como si fuesen productos congelados. Aparecían por la parte inferior de la nave, y formaban una larga cadena de cadáveres volantes que llegaba hasta el centro de Pamlico Sound y se hundía en las aguas inmóviles, y que ni siquiera entonces se movían…

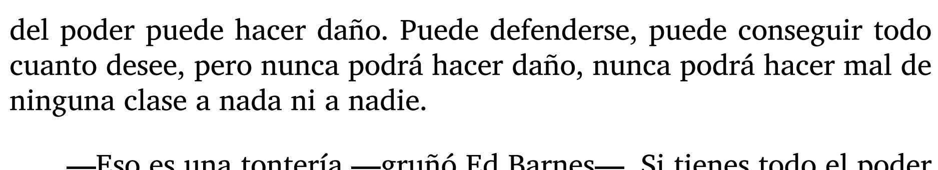
Parecía talmente como si en un mar de densísimo mercurio se fuesen sumergiendo los más pesados objetos inanimados. No se formaba ni una onda de agua, ni un círculo, ni se producía movimiento alguno. Simplemente, las aguas «tragaban» cadáver tras cadáver de aquel tétrico desfile volante. Se podía pensar que los cadáveres llegaban al mar deslizándose por un invisible tobogán.

—Esto no tiene sentido —murmuró Lyndon—. No puede ser cierto, por fuerza tenemos que estar sometidos a alguna clase de alucinación…

—No —dijo Eddy—. Todo es cierto, señor Crane.

—Pero… esos nixd son unos malvados —casi sollozó Celeste—. ¡Y tú podrías destruirlos con tu luz, Eddy!

—No… No puedo —negó el muchacho—. Nadie que tenga la luz


del poder puede hacer daño. Puede defenderse, puede conseguir todo cuanto desee, pero nunca podrá hacer daño, nunca podrá hacer mal de ninguna clase a nada ni a nadie.

—Eso es una tontería —gruñó Ed Barnes—. Si tienes todo el poder que quieres, puedes destruir esa nave.

—Puedo destruir la nave, pero no a los nixd.

—Maldita sea… ¿Y por qué no?

—Porque forman parte de la vida.

—Sí, ¿eh? Bueno, todos estos cadáveres que están deslizándose por delante de nuestras narices hacia el mar también formaban parte de la vida, y los nixd se la han arrebatado.

—Pero eso es porque los nixd son seres inferiores. Y sólo los seres inferiores pueden causar mal con la luz del poder.

- nosotros no somos seres inferiores.

—Ya veo —dijo con sarcasmo Ed—. Bueno, pues preparémonos a morir como seres superiores… a manos de seres inferiores.

—Pero qué inferiores ni qué… —gruñó Lyndon Crane—. ¡Unos seres inferiores no habrían podido construir una nave como ésa…, y todo lo que contiene, que sin duda supera en técnica y adelantos científicos de toda clase a los más sofisticados adelantos de la Tierra! ¿Cómo habrían de ser inferiores unos seres que han hecho todo eso?

—Es una inferioridad no referida a la científica, señor Crane —explicó Eddy—. Ni tan siquiera a la intelectual.

—Pues ¿a qué está referida?

—Todavía no lo sé —murmuró el muchacho—, del mismo modo que todavía no logro saber de qué está hecha la luz del poder, qué es, de dónde ha salido.

—Eddy —mascculló Ed Barnes—, tal vez todo esto sea un sueño, o tal vez sea verdad. Pero sea lo que sea, una cosa te aseguro: o liquidas a los nixd, o ellos nos liquidarán a nosotros. Puedes estar seguro de que se hallan dispuestos a todo.

—No podrán hacernos mal alguno —aseguró Eddy—. Tengo colocada la barrera de protección.

—O sea, que tendremos que pasarnos el resto de nuestra vida dentro de una especie de campana invisible de protección. Y mientras tanto no tenemos la menor idea de lo que está ocurriendo en el mundo. Porque algo tiene que estar ocurriendo, ¿no? De otro modo no se explica que toda esta zona haya quedado como muerta, limpia de todo vestigio humano, y nadie haya venido a ver qué ha ocurrido. Fijaos bien: no han llegado más barcos, no han venido aviones, ni helicópteros, ni gentes en lanchas... Se diría que todo ha quedado muerto para siempre..., y que sólo nosotros cuatro permanecemos con vida en un mundo que ha dejado de latir. Se diría...

—Por el amor de Dios, ¡cállese! —exclamó Celeste.

—Como quiera. Pero no va a servirnos de nada hacer como los avestruces: por mucho que escondamos la cabeza bajo la tierra algo ha ocurrido o está ocurriendo a nuestro alrededor, en todo el planeta Tierra, seguramente. Quizá algo parecido a eso.

Señaló de nuevo el desfile de cadáveres que continuaba apareciendo de la base de la nave de los nixd, y que de pronto terminó. Se cortó la cadena de muertos, y todos permanecieron silenciosos e inmóviles hasta que e! Ultimo se sumergió en aquel mar inmóvil, sobrecogedor, en el que no cabía imaginar el menor vestigio de vida.

—Creo que tu abuelo tiene razón, Eddy —movió la cabeza el ahora blanco y rubio Lyndon Crane—: tenemos que hacer algo. Y *yo* diría que en estos momentos tú eres el que puede encontrar mejores soluciones, gracias a la luz del poder.

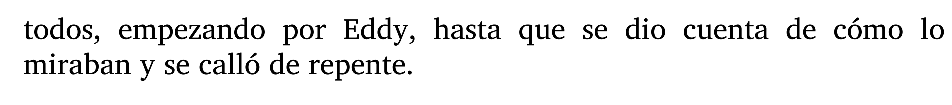
—Tengo que pensar —dijo el muchacho.

—Pues piensa pronto —dijo Ed Barnes—, porque puedes tener la seguridad de que los nixd tramarán algo contra nosotros no tardando mucho. Y otra cosa: ¿no puedes volver de nuevo blanca a la señorita Parks? ¡Me gustaba más de pelirroja que de negra!

—Tienes razón, abuelo: será mejor que todos volváis a ser como sois realmente.

—¡No! ¡A mí, no; yo prefiero ser joven, a mí no me...!

Pero de nada sirvieron los gritos ni las peticiones de Ed Barnes, pues regresó a su auténtica edad septuagenaria, mientras que Celeste y Lyndon recuperaban su aspecto auténtico, ella pelirroja, él negro. Ed Barnes se lanzó a proferir una sarta de maldiciones que sorprendió a


todos, empezando por Eddy, hasta que se dio cuenta de cómo lo miraban y se calló de repente.

—Bueno, qué demonios —farfulló—, tampoco es tan extraordinario que un viejo prefiera ser joven, ¿verdad?

—Pero las cosas son como son, abuelo —dijo Eddy.

—Yo también dina eso si tuviera doce años. Está bien, está bien, vamos a ponernos a discutir. Tenemos que cenar algo, y pensar en lo que está ocurriendo... Sobre todo tú, Eddy.

—Sí, abuelo.

—Bien... Bien. Caray, ha sido muy agradable ver desnuda a la señorita Parks. Una experiencia estupenda. Y a propósito de experiencias: ¿qué les ha parecido la suya? ¿Qué se siente al verse la piel negra, señorita Parks?

—No sé... Nada especial.

—Nada especial, ¿eh? Vaya, vaya... ¿Y qué me dice usted, Lyn? ¡No me diga que no ha sido toda una experiencia verse blanco, con el cabello rubio y los ojos azules!

—No sabría decirle, de verdad —Lyndon frunció el ceño—. Lo que me gustaría saber es por qué la señorita Parks se tornó negra y yo blanco.

—Hombre, eso está bien claro —sentenció Ed Barnes—: fue un castigo para ambos.

—¿Un castigo? —se pasmó Celeste—. ¿Por qué motivo?

—Por tener mala uva y estar metiéndose el uno con el otro. La luz del poder decidió cambiar las tornas para darles una buena lección, ¿no es así, Eddy?

—No, abuelo —sorpresivamente Eddy se echó a reír—, ¡no ha sido precisamente por eso!

—Pues ¿por qué ha sido?

Eddy rió otra vez, les dio la espalda, y se encaminó hacia el mar. Lo vieron caminar con toda normalidad por encima de las aguas, en dirección al centro de Pamlico Sound. Ed Barnes lanzó una imprecación, y masculló:

—Será mejor que entremos en la casa. Pronto será de noche…, y les diré una cosa, amiguitos: a estas horas hace yo qué sé cuánto tiempo que ya hemos cenado Eddy y yo, así que… ¡me estoy muriendo de hambre!

CAPITULO IV

En la oscuridad destacaba con una belleza impresionante el resplandor de la luz del poder que escapaba por entre las manos y brazos de Eddy. Este se había dormido apretando al prisma contra su pecho, y ahora Ed Barnes oía su respiración lenta y profunda de sueño total.

Oía a su nieto y veía la luz del poder.

«Está dormido —se dijo—. Aunque tenga la luz del poder, aunque él prisma sea suyo, está dormido ahora, no podrá enterarse de nada...»

Muy despacio, el anciano fue moviéndose hasta quedar sentado en el borde del catre. Afuera había un leve resplandor de luna que parecía tan muerto como todo cuanto alcanzaba la vista desde la casa. Más que luna parecía hielo; luz helada, matizada de aquel tono azulado que producía escalofríos...

Eddy no se había movido, no había reaccionado en modo alguno. Así que Ed, muy despacio, terminó de ponerse en pie. Luego, despacio, se fue acercando a su nieto. Por fuerza éste tenía que estar verdaderamente dormido, sin trucos ni magias de ninguna clase. Era muy joven, y los jóvenes, cuando pillan el sueño, lo pillan de verdad...

Ed Barnes llegó junto a Eddy. Al resplandor dorado del prisma vio perfectamente el rostro del muchacho, plácido,sereno, hermoso. Por supuesto que dormía profundamente. No se daría cuenta de nada... Es decir, tal vez se diese cuenta, pero entonces ya sería demasiado tarde.

¿O había preparado Eddy algún truco para impedir que alguien, fuese quien fuese, le quitase el prisma?

Pronto habría de saberlo.

Acercó la mano lentamente a la luz. Vio sus dedos como transparentes..., como si los estuviera sometiendo a una pantalla de rayos X de color dorado. Detuvo la mano, un poco asustado por aquella luz, por aquella transparencia de su mano... Pero de pronto, simplemente, metió la mano entre las de Eddy, sus dedos localizaron el prisma, lo agarró, y dio un tirón, retrocediendo en seguida, con el prisma en la mano. Y ahora, la luz se expandió como un resplandor de oro por todo el pequeño dormitorio.

Eddy se movió, suspiró, y, de pronto, se sentó de un salto en la

cama.

—¡Abuelo...!

—Cállate —exigió con voz sorda Ed Barnes—. No quiero lastimarte, Eddy, pero cállate. Sólo quiero que te estés quieto y callado, Eddy. Duerme.

El muchacho se tendió y se quedó dormido de nuevo. Ed Barnes sacudió la cabeza, intentando desprenderse del asombro. ¿Se había dormido Eddy porque él se lo había ordenado teniendo en su poder el prisma? Como fuese, b cierto era que Eddy se había vuelto a dormir en seguida, sin más protestas. No quería hacerle daño al muchacho. Claro que no. A Eddy no. Nunca, nunca a Eddy, al único hijo de su hija fallecida hacía más de diez años. No, a Eddy nunca le haría mal alguno..., pero él quería la luz del poder.

Y ya dueño de ella lo primero que hizo Ed Barnes fue regresar de nuevo a la edad de treinta años. Supo que había sucedido en el acto y sin problema alguno, lo supo por su vitalidad, por su respiración, por lo que sentía en su cuerpo. No necesitaba ir a mirarse al espejo.

Salió sigilosamente del dormitorio, al recibidor-comedor- cocina donde dormían Lyndon Crane y Celeste Parks, cada uno sobre una manta que les había proporcionado él mismo pocas horas antes. Al resplandor de la luz del poder los vio a las dos, cada uno tendido sobre su manta, vestidos tal como habían llegado aquella tarde a la casa. La situación era de verdadera emergencia, y todos la habían aceptado así.

Ed Barnes dejó el prisma de luz sobre la mesa, y procedió a desnudarse. Cuando lo hubo hecho agarró de nuevo el prisma, y se acercó adonde yacía Celeste Parks. Con una mano la tocó en un hombro y la sacudió suavemente.

—Señorita Parks —susurró—. Señorita Parks.

La pelirroja abrió los ojos, vio la luz, vio el rostro de Ed sobre el suyo, y respingó, intentando sentarse sobre la manta. Pero Ed Barnes le puso una mano sobre un pecho, y dijo quedamente:

—He venido a hacer el amor con usted. Desnúdese.

Ella asintió, y comenzó en seguida a desnudarse. Apenas un par de metros más allá Lyndon Crane despertó, y se quedó mirando todavía adormilado la escena. En el mismo momento en que su mente

despertaba del todo y comprendía la situación, le llegó la orden de Ed Barnes:

—No se mueva de ahí.

Simplemente Lyndon Crane no se movió. Quedó como si de pronto se hubiera convertido en piedra. Veía a Celeste Parks desnudándose con toda naturalidad y tranquilidad, como si lo estuviera haciendo en su propio dormitorio y en circunstancias de lo más normales.

Lyndon Crane ni siquiera podía mover los ojos, pero veía perfectamente a Ed Barnes desnudo, y a Celeste Parks terminando de desnudarse. Estaba comprendiendo perfectamente la situación y las intenciones del abuelo de Eddy, y entendía muy bien que la señorita Parks estaba actuando bajo el influjo del poder de Ed, del mismo modo que él permanecía inmóvil porque así se lo había ordenado el actual tenedor de la luz del poder…

Vio a Ed Barnes inclinarse hacia la señorita Parks, que ya estaba completamente desnuda. A ella la veía perfectamente. Ahora su piel tan blanca salpicada de pecas parecía que fuese de oro, y por cierto que no quedaba en evidencia peca alguna. Tenía un cuerpo verdaderamente espléndido, especial, de una turgencia increíble. Sus pechos era un prodigio de perfección, altos, sólidos, altivos. Vio a Ed Barnes acercando una mano a ellos, le vio prensar entre sus dedos uno de los pezones de la muchacha, que no reaccionó.

Le llegó el susurró de Ed:

—Te gusta —ordenó a Celeste—… Te gusta esto que te estoy haciendo, te gusta todo lo que yo hago y digo, te va a gustar todo lo que yo te haga… En este momento deseas más que nada en el mundo hacer el amor conmigo…

Continuaba acariciando los senos de Celeste, que en seguida emitió un gemido de hembra que puso los pelos de punta a Lyndon Crane. Ed Barnes se estaba tendiendo junto a la muchacha. La besó en los pechos, en el vientre, en los hombros y el cuello, en la boca…

Lyndon Crane tenía la sensación de que todo él iba a estallar, se iba a partir en mil pedazos. En miles de millones de pedazos. Era una sensación horrorosa de impotencia. Los gemidos de placer de Celeste Parks le parecían cuchilladas de hielo que abrían su carne y se introducían en lo más hondo de su cuerpo.

—Así —oyó el susurro de Ed Barnes—. Así, cachonda mía... Ahora separa bien tus muslos, y verás...

Lyn Crane vio a Ed Barnes colocarse entre los muslos de Celeste Parks, que más que gemir pareció lanzar un alaridode placer.

En ese mismo instante, todo se incendió.

Pareció como si estallasen todos los fuegos del universo.

La luz roja entró en la casa por todas partes, incluso pareció que atravesara las paredes. Fue un súbito estallido de luz roja, de calor y calor. Entró la luz por las grietas, por las ventanas, por debajo de la puerta, por el hueco de la chimenea... Fue algo hermoso y terrible a la vez, y mientras Lyn se veía forzado a permanecer inmóvil pese a su tremendo sobresalto, Ed Barnes se puso en pie de un salto junto a la tendida y gimiente Celeste Parks.

—¿Qué pasa...? —aulló.

Sin soltar el prisma, Ed Barnes salió corriendo de la casa, olvidado por completo de su desnudez. Y, por fuerza, tuvo que mirar hacia donde había quedado suspendida la nave de los nixd. Ahora no estaba la nave de los nixd.

Ahora sólo había... como una silueta de color rojo solar que se iba desvaneciendo rápidamente.

De esa silueta partía un rayo de luz del mismo color que iba a unirse a un enorme objeto situado mucho más lejos y más alto en el cielo.. No, no era así, sino al revés: de ese objeto partía el rayo de luz roja que había incidido en la nave de los nixd..., la cual, de pronto, desapareció completamente.

La luz roja desapareció.

El cielo quedó normal, oscuro matizado de estrellas.

- fue entonces cuando Ed Barnes vio que aquel enorme objeto suspendido en el cielo no estaba solo. Había por lo menos cincuenta más iguales, esparcidos hasta donde alcanzaba su vista, separados, ocupando toda la porción de cielo que él podía abarcar desde allí. Eran sencillamente enormes.

—Por todos los tiburones del mar —jadeó Ed Barnes.

En el momento en que se disponía a entrar en la casa, un nuevo rayo de luz roja partió de la misma nave de antes. Ed Barnes lo vio llegar, y tuvo tal sobresalto que el prisma se le escapó de la mano y cayó al suelo, donde rebotó y fue a caer un par de metros más allá. Ed Barnes saltó en pos del prisma, pero chocó de lleno contra algo, con tal fuerza que cayó de espaldas. Se sentó de un brinco, y aulló:

—¡No!

De nuevo quiso recoger el prisma, pero chocó con la barrera invisible de protección que Eddy había dejado colocada aquella noche. En un instante Ed Barnes comprendió lo sucedido: el prisma, por supuesto, no tenía obstáculos que él mismo creaba, pero él sí los tenía. Así pues, el prisma había pasado al otro lado de la campana invisible de protección, y estaba fuera de su alcance por completo.

—¡Eddddyyyyy. J —aulló.

Un rayo dorado llegó procedente de la misma nave, y el prisma desapareció cuando incidió en él con toda exactitud. Fue como si el prisma jamás hubiera estado allí: desapareció absorbido por el rayo dorado, y eso fue todo. Absurdamente, Ed Barnes intentó de nuevo cruzar la protección invisible..., y se llevó la tremenda sorpresa de que lo consiguió, con tal ímpetu que cayó de bruces al suelo.

Y en el mismo momento en que comprendía que había perdido para siempre el prisma, y que con éste se había ido la barrera de protección deseada por Eddy, llegó otro rayo de luz procedente de la enorme nave. El rayo de luz alcanzó de lleno a Ed Barnes, y éste desapareció.

* * *

Dentro de la casa, de repente, todos habían recuperado su facultad de movimientos. Lyndon Crane se puso en pie de un salto, Celeste Parks gritó y recogió sus ropas, y Eddy apareció corriendo como un gamo en la puerta del dormitorio en dirección a la de la casa.

Nada más salir al exterior vio las naves enormes, y se detuvo en seco. Lyndon Crane llegó junto a él en menos de un segundo, también vio las naves, y quedó boquiabierto. Celeste Parks apareció en seguida, envolviéndose en la manta, lo que era mucho más rápido que

ponerse sus prendas de vestir…

—¿Qué ha pas…? — empezó la pelirroja.

Se quedó con la boca abierta, sin terminar la pregunta, mirando las naves que llenaban de grandes sombras el estrellado cielo. Por un instante ninguno de los tres pudo reaccionar.

De repente, Lyndon Crane murmuró:

—Bien, ya ocurrió: aquí los tenemos. Llevamos años y años preguntándonos si existen, ¿no es cierto? Pues aquí los tenemos.

—Eso no puede ser —gimió Celeste.

—¿Por qué no?

Ella lo miró. Se veían como si estuvieran sumergidos en una luz negra. Simplemente, Celeste Parks miró a Lyndon Crane, eso fue todo. ¿Por qué no? Tres palabras nada más: ¿por qué no?

Eddy echó a correr hacia donde estaba la vieja barca de remos en desuso desde hacía mucho tiempo, prácticamente podrida. Lyndon le miró, titubeó, y echó a correr tras él, alcanzándolo cuando el muchacho comenzaba a alzar la barca colocada quilla al aire sobre la arena.

—¿Qué haces, Eddy…?

—¿Qué es lo que escondiste?

Mientras hacía la pregunta, Lyndon ayudaba al muchacho a darle la vuelta a la barca, dejando al descubierto la zona sobre la cual había estado con la quilla hacia arriba. Eddy se dejó caer de rodillas, y escarbó a toda prisa… Lyndon Crane vio apenas dos segundos después el resplandor, lanzó una exclamación, y ayudó a Eddy a escarbar…

Pareció que toda la luz del mundo se hubiera concentrado allí, en en trozo de terreno de apenas medio metro cuadrado. El resplandor era más intenso que todo cuanto Lyndon Crane había visto en su vida, pero, cosa sorprendente, no le cegaba, no le impedía ver, sino todo lo contrario. Hundió las manos en la luz, y se encontró con ambas llenas de pequeños prismas.

—¡Cojámoslos todos! —gritó Eddy; y se volvió en seguida hacia la casa—. ¡Señorita Parks, venga aquí en seguida! ¡Corra!

Lyndon se estaba metiendo prismas en los bolsillos, mientras Eddy iba amontonando otros junto a él, ya desenterrados. Celeste llegó, y Eddy dio un tirón de la manta con la que se cubría.

—¡Quítesela! —exigió—. ¡La utilizaremos para colocar todos los prismas en ella!

—Pe... pero...

—¡Vamos, no sea absurda! —aulló Lyndon.

Le arrancó la manta de un tirón, y la extendió sobre la arena. Celeste reaccionó con lógica y sentido común, prescindiendo de tonterías, y se dejó caer de rodillas junto a ellos, escarbando también y lanzando los prismas que iba desenterrando encima de la manta.

—¿Dónde está Ed? —jadeó.

—¡Se lo han llevado! —jadeó también Eddy.

—Esos nixd deben haber acabado con todo el...

—Ya no son los nixd. Los nixd han sido destruidos por una escuadrilla de naves del planeta Klaxok.

—Sí, es cierto —exclamó Celeste—. ¡Ahora me doy cuenta de que yo también sé eso! ¿Cómo es posible...?

—Porque los tres estamos en contacto con la luz del poder, en estos momentos —dijo Lyndon Crane—. Ahora los tres lo sabemos todo y lo podemos todo. Así que me pregunto a qué viene ya tanta prisa, Eddy: esos nuevos alienígenas no pueden hacernos daño, pues con nuestro deseo mental aunque haya sido subconscientemente hemos colocado una nueva barrera entre el peligro exterior y nosotros.

—Es cierto —suspiró Eddy, dejándose caer sentado en la arena.

Lyndon hizo lo mismo, y Celeste, tras mirar a uno y a otro, se sentó sobre la manta, junto a los prismas. Los tres miraron hacia las naves extraterrestres, que parecían simples manchas en el cielo, quizá nubes de forma ovalada, formas perfectas, todas iguales, salvo el tamaño, que se veía menor o mayor según la proximidad a que estuvieran.

—Dios nos ampare —susurró Celeste Parks—. ¡Estamos solos en el planeta Tierra! Todos los demás seres vivos han sido convertidos en

vegetales. Todo el planeta es ahora como un enorme jardín en el que cual no hay más vida animal que la representada por nosotros tres. Cielo santo, han convertido en plantas a todos los habitantes de la Tierra…

—No creo que eso perjudique a la Tierra —dijo secamente Lyndon.

—Pero ¡es horrible…! ¡Los seres humanos no somos plantas!

—¿Qué somos, entonces? — preguntó Lyndon.

—Somos… ¡Usted debería saberlo, que dispone de la luz del poder!

—Y usted también dispone de ella… Por cierto, Eddy: ¿de dónde sacaste todos estos prismas?

—Del fondo del mar. Pero supe que era mejor esconderlos, y lo hice.

—¿Cuándo los sacaste? —se interesó Celeste.

—Anoche, después de recoger el primero.

—De modo que sabías que nadie iba a encontrar ningún trozo de prisma, y has estado dejando que todos perdieran el tiempo buscando en la bahía —sonrió Lyndon—. Bueno, hiciste bien. Desde luego si no hubieras recogido todos los trozos seguro que los habrían encontrado, pues habrían visto su resplandor bajo el agua.

—Así es —sonrió también Eddy.

Celeste Parks iba a preguntar cómo había recogido Eddy todos los trozos en que se había dividido el objeto fulgurante que la noche anterior había sido visto cayendo en Pamlico Sound cuando se dio cuenta de que lo sabía perfectamente: Eddy había buceado en busca del primero, y luego, simplemente, había deseado que todos los demás trozos se le unieran. Y así había sido. Después, había enterrado bajo la barca todos los trozos menos uno, que había querido tener a mano…

Y ahora faltaba un trozo. Los klaxoks, que eran los seres que ocupaban las naves que se cernían sobre ellos, tenían un trozo. Tenían un trozo de prisma y tenían a Ed Barnes.

La cuestión parecía sencilla: desear que el trozo de prisma que

tenían los klaxoks se uniera a los que tenían ellos. Pero no podía ser, porque intervenía otra voluntad de ser pensante antagonizada a la de ellos. Los trozos de prisma podían juntarse siempre y cuando estuvieran dependiendo todos de una sola voluntad, pero al haber varios poseedores o seres en contacto con los diferentes trozos se creaba un antagonismo que lo impedía.

—Sin embargo —dijo Lyndon, como si Celeste le hubiera estado comunicando todos sus pensamientos y sensaciones—, deberíamos recuperar ese trozo de prisma. Hay cosas que no sabemos pese a ser poseedores de él en su mayor parte, como por ejemplo, de qué está hecho o qué es el prisma, o de qué estamos hechos y qué somos nosotros, los humanos..., pero presiento que deberíamos conseguir ese trozo que nos falta.

Y no sé por qué.

—Yo tampoco —dijo Celeste.

—Ni yo —aseguró Eddy—. Y tampoco sé por qué no sabemos utilizar completamente la luz del poder. Porque no se trata de que la luz tenga limitaciones, sino de que nosotros no sabemos utilizarla, ¿verdad, señor Crane?

—Verdad —asintió Lyndon, reflexivo—. Y todo proviene de la misma ignorancia que tenemos respecto a nosotros y al prisma. Es decir, si supiéramos qué somos nosotros y qué es el prisma sabríamos utilizarlo completamente.

—Pero el prisma debería decimos qué es él mismo —refunfuñó la bella pelirroja—. Porque bien está que no sepa qué somos nosotros, pero bien debería saber qué es él mismo.

—¿Acaso nosotros sabemos qué somos nosotros mismos? No, ¿verdad? Pues tampoco el prisma sabe qué es él mismo. O quizá, insisto, somos nosotros que no sabemos entender lo que nos dice el prisma de sí mismo y de nosotros. Y todo, porque no sabemos qué somos nosotros. Sin embargo, no nos ofusquemos ni compliquemos tanto las cosas, ni olvidemos algo muy importante: sea lo que sea el prisma, sea lo que sea la luz del poder, NO ES DEL PLANETA TIERRA.

—¿Por qué no? —preguntó Celeste con toda intención, devolviéndole la incógnita.

—Es evidente que ha venido de fuera, señorita Parks.

—¿De fuera? ¿De dónde, de fuera? Ha venido del universo, señor Crane. Y... ¿acaso nosotros, la Tierra, NO ESTA EN EL UNIVERSO? ¿Va a decirme que nuestro planeta no forma parte del universo? ¿O quizá va a decirme que hay varios universos, y que la Tierra pertenece a uno, los nixd a otro, y los klaxoks —señaló hacia el cielo— a otro..., y que todavía hay muchos universos?

—¿Por qué no? —sonrió Lyndon Crane.

—Cierto —se dijo a sí misma Celeste Parks—: ¿por qué no? ¿Por qué hemos de decidir nosotros que existe un solo universo?

—Me parece que se están pasando de la raya ustedes dos —dijo sonriente Eddy—. Ya es mucho que existan diversas galaxias y planetas, pero... ¿varios universos? Eso parece que no tiene sentido, porque, por muchos que hubiera, una vez colocados en contacto unos con otros formaría un solo universo, se fundirían en uno solo..., igual que si pusiéramos juntos muchos helados: se fundirían en uno solo.

—Los helados tal vez —admitió Lyndon—, pero los universos no son helados. Pueden estar compuestos de diferentes materias básicas... que jamás podrán alearse. Si, tal vez existan VARIOS UNIVERSOS.

—En cualquier caso —dijo Eddy—, lo cierto es que solamente hay una Tierra..., y que no sabemos qué ha sido de ella. Y tal vez ha llegado el momento de enterarse.

—¿Qué sugieres? —se interesó Celeste.

—Podríamos dar una vuelta alrededor del mundo volando.

—Volando... ¿con qué?

—Con nuestro deseo —se echó a reír Eddy.

CAPITULO V

Y efectivamente, volaron con el deseo. Es decir, simplemente, desearon volar y volaron. Lo hicieron juntos, dirigiéndose en primer lugar hacia la costa americana y tomando luego la dirección Norte. En la noche destacaban las luminarias de las ciudades más importantes, como Norfolk, Washington, Filadelfia, Atlantic City, Nueva York, Boston...

La sensación de volar por sí mismos era tan extraordinaria que ni siquiera tenían ánimos para hablar. Todo resultaba impresionante, sobrecogedor y maravilloso.

Lo que no resultó maravilloso en absoluto fue lo que encontraron cada vez que se acercaron a una ciudad y descendieron sobre ella. No había en ninguna parte ser humano alguno, pero todo estaba lleno de plantas, unas hermosas, otras horribles, unas vivas, lozanas, y otras con hedor a putrefacción. Pero sólo había plantas, árboles, vegetales diversos, incluso de especies que ninguno de ellos conocía. Las avenidas, las casas en las que entraron volando por las ventanas, establecimientos públicos de toda clase... Dentro de todos los vehículos que había detenidos en las amplias calzadas había plantas: plantas ante el volante, en el asiento contiguo, en el asiento de atrás... Plantas, plantas, plantas...

El planeta Tierra parecía estar en vías de regresar a sus épocas remotas, cuando se inició la vida de las plantas y no había nada más.

Sin sorpresa alguna se trasladaron en cuestión de según dos a otras partes del continente americano y del mundo, porque simplemente así lo desearon. Desearon estar en el Medio Oeste, y allá estuvieron al instante. Desearon estar en el Sur, y allá estuvieron. Desearon ver América Central, y América del Sur, y Australia, Japón, India, Rusia, Europa entera, África..., y allá estuvieron, llegando en un instante y dedicando minutos a unas veloces exploraciones que les convencieron definitivamente de que la vida animal de toda clase y de todas las especies había terminado en el planeta Tierra.

- finalmente, decidieron regresar a Estados Unidos, concretamente a Hatteras Inlet, y más concretamente todavía a la casa de Eddy, un poco al sur de la localidad de Hatteras. Cuando llegaron allá era media tarde en el lugar.

Y, para gran sorpresa de ellos, Ed Barnes los estaba esperando... Lo vieron haciéndoles señas, mientras ellos descendían volando sobre

la arena de la playa, tranquilizados al ver que no quedaba en todo el espacio visible ni una sola nave de los klaxoks, ni tampoco se veían posadas en tierra firme. Aquí solamente estaba Ed Barnes, con su aspecto de treinta años, que se les acercó con expresión malhumorada en cuanto estuvieron en tierra.

—¡Maldita sea mi estampa! —se expresó rabioso—. ¡Llevo aquí solo yo qué sé cuánto tiempo! ¡Creí que os habían liquidado!

—Y nosotros pensábamos que te habían exterminado, abuelo —dijo Eddy, abrazándolo—. ¡Cuánto me alegro de que no haya sido así!

—Ya. Sí, bueno... Esto... Ejem... ¿De dónde venís?

—De dar una vuelta por todo el planeta.

—¿Y eso qué quiere decir? —frunció el ceño Ed.

—Espere un momento —dijo Lyndon—: ¿no cree que ha de ser más interesante lo que tenga que contarnos usted a nosotros? Sabemos que se lo llevaron los klaxoks, pero no sabemos ni siquiera cómo son esos seres, ni dónde están ahora.

—Se fueron —señaló Ed hacia el cielo—. Vinieron aquí en busca de la luz del poder, y puesto que la consiguieron se fueron... Muchachos, jamás vi bichos tan raros, lo juro. Parecían... una mezcla de pulpo y araña. ¡Coño, ni que me lo hubiesen jurado por Dios habría creído nunca que pudiera existir una raza semejante!

—Sin embargo —deslizó amablemente Celeste—, no debían tener malos sentimientos ni pensamientos, puesto que no le han lastimado a usted.

—Sólo querían la luz del poder. ¿Sabéis cómo me llevaron a la nave?: me metieron dentro de un rayo de luz, me desintegraron, y me trasladaron allá convertido en moléculas lumínicas; una vez en la nave me juntaron de nuevo, y ya está.

—¡Como si fuese un puzzle! —rió Celeste.

—Pues, sí. ¡Qué buena está usted, señorita Parks! Y... Bueno, respecto a lo que ocurrió entre nosotros...

—No ocurrió nada — recordó la muchacha.

—Ya sé, pero yo pretendía...

—Olvídelo; sólo me manoseó un poco.

—Es usted muy generosa —farfulló Ed—. Pero me gustaría que comprendiesen lo que siente un viejo cuando ve una hermosa muchacha. Miren, cualquier ser humano de mi edad verdadera, que pueda volver a la juventud, seguramente haría locuras, atrocidades...

—¿Por qué no lo dejamos ya? —propuso Lyndon—. Estamos solos en el planeta, Ed. Todos los demás seres humanos, o más exactamente todo el reino animal ha sido convertido en vegetal. Es algo increíble. El mar forma como una pasta debido a tantas variedades de algas que han sustituido a las especies marinas... Y la tierra está totalmente recubierta de plantas. Ha sido un verdadero viaje alucinante.

—Y por lo que he visto, vosotros tenéis la luz del poder. ¿Cómo es eso posible?

—Yo escondí unos trozos, abuelo —dijo Eddy—. Te voy a dar uno a ti también, para que todos estemos en las mejores condiciones físicas y mentales en esta situación. A nosotros no se nos ocurre ninguna solución, pero si somos uno más a pensar quizá consigamos algo.

—¿Como qué? —gruñó Ed.

—Bueno, quizá consiguiéramos recuperar para la Tierra la vida animal.

—¿Con qué objeto? Todo era una mierda, así que hemos salido ganando. Simplemente, podemos empezar de nuevo, nosotros solos.

—¿Qué quieres decir?

—La cosa está bien clara. La señorita Parks y yo somos un macho y una hembra, ¿no? Podemos tener descendencia, y naturalmente entre esa descendencia habrá hembras que serán para ti, Eddy. Cuando ellas tengan edad de reproducirse tú tendrás veintitantos años, y podrás fecundarlas. Bueno, no vamos a desesperarnos, ¿verdad? Tenemos simiente para empezar de nuevo..., y quizá en esta ocasión k) hagamos mejor.

—Su planteamiento me parece interesante e inteligente —dijo Lyndon Crane—, pero se ha olvidado de mí, Ed.

—Claro que no. Pero no vamos a empezar de nuevo a liar las cosas, ¿verdad? La señorita Parks es blanca y yo soy blanco, así que dígame qué pinta usted en esto, Lyn.

—Ya. Me pregunto si su postura sería la misma si en vez de la señorita Parks hubiera quedado con nosotros una preciosa negra de veinte años. ¿Se resignaría usted, teniendo treinta años, a vivir como me está diciendo que debo vivir yo el resto de mi vida, es decir, viéndoles a ustedes dos haciendo el amor y yo mirando las nubes?

—Oiga, ¿qué demonios quiere? —gruñó Ed—. ¿Hacer el amor con la señorita Parks? ¿Tener descendencia con ella?

—¿Por qué no? —deslizó Lyndon Crane—. Tal vez la raza perfecta del futuro seria una perfecta mezcla de blanca y negro, en lugar de seguir siendo simplemente blanca. Porque vamos a ver: ¿por qué ha de ser blanco el ser humano? ¿Por qué los futuros habitantes de la Tierra no pueden ser negrosomestizos?

—¡Maldita sea! —estalló Ed—. ¡No está hablando en serio, Lyn!

—¿Me permiten unas palabras? —pidió suavemente Celeste.

—Sí... Claro, no faltaba más.

—¿Cuento también con su atención, señor Crane? —rogó la pelirroja.

—Naturalmente.

—Gracias, muy amable. Muy amables los dos. Pero dígame: ¿quiénes son ustedes para decidir mi futura vida sexual, procreativa y familiar? Están hablando de mí como si fuese... una coneja a la que hubiera que echarle uno y otro macho según conveniencias ajenas a la coneja. Así que háganme un favor, ¿quieren?: ¡váyanse los dos al cuerno!

- sin más Celeste se dirigió hacia la casa y entró en ella. Los tres quedaron clavados al suelo, mirándola. De pronto, Eddy se echó a reír.

—Bueno, tal vez deberíamos comer algo —propuso Eddy—. Deben quedar botes de conserva en casa, ¿verdad, abuelo?

—Sí. Pero bueno será que empecemos a acostumbrarnos a comer sólo vegetales. Aunque la cosa va a ser peliaguda: igual crees que te estás comiendo un pimiento y resulta que es el alcalde de Hatteras o cualquiera de sus descendientes.

—Francamente, Ed —masculló Lyndon—, no me está haciendo

usted nada de gracia.

—Peor para usted. Escucha, Eddy, tal vez la luz del poder nos solucione el problema: sólo tenemos que pedírselo, ¿verdad? ¿Qué sucedería si le pidiéremos un buen par de conejos asados?

—No se me ocurre —sonrió Eddy.

—Pues prueba a ver. Vosotros tenéis la luz del poder, ¿no es así? De otro modo no habríais podido ir volando por todo el planeta... ¿Tenéis o no tenéis trozos de luz del poder?

—Claro que sí, abuelo.

—¿Cuántos trozos?

—Tres —dijo Lyndon—. Uno cada uno, naturalmente. Eddy los sacó del fondo de la bahía y los escondió. Fue una suerte, pues...

Lyndon Crane no dijo nada más; simplemente no pudo. Ante él, Ed Barnes extrajo de pronto de dentro de su cuerpo algo parecido a una estrella verde de cristal, y dos finísimos rayos de verde luz se desprendieron de ella y fueron a impactar suavemente en Lyndon y Eddy. Inmediatamente, éstos quedaron convertidos en vegetales; Lyndon se proyectó hacia el cielo convertido en una altísima palmera, y Eddy se convirtió en un pino. El destello verdoso de la estrella se apagó. Ed Barnes se volvió hacia su casa..., y se produjo la metamorfosis, rápidamente.

En menos de tres segundos, Ed Barnes habíase convertido en un ser de cuerpo aplastado, negro y velludo, provisto de patas tentaculares, blandas y blancas, y una enorme cabeza rosada y verdosa que parecía talmente un pulpo, provista de una docena de ojos repartidos en toda ella. Ojos esféricos y de apariencia blanca, como de goma, y de color verde. Este ser emitió un extraño sonido con sus articulaciones cuando comenzó a caminar hacia la casa: *kla-xok, kla-xok, kla-xok...*

Parecía que las extremidades de sus patas se adhirieran el suelo y chascaran cada vez que se despegaban.

Kla-xok, kla-xok, kla-xok, kla-xok...

Cuando entró en la casa Celeste estaba de espaldas a la puerta, buscando comida en un armario empotrado en la pared, sin duda destinado a despensa. El ser se detuvo en el umbral, y quedó inmóvil.

A los pocos segundos Celeste también quedó inmóvil, y luego, lentamente, se volvió hacia el klaxok.

Nada más verlo soltó un respingo fortísimo, y dio tal salto que estuvo a punto de caer al suelo. Terminó apoyada de espaldas en la pared, con las manos en la boca ahogando el grito que palpitaba en su garganta.

El klaxok utilizó de nuevo la verde estrella de cristal para lanzar un rayo de luz que incidió instantáneamente en Celeste Parks, la cual no tuvo tiempo ni de respirar: se convirtió en el acto en un vegetal, una especie trepadora que, adherida a la pared, se desarrolló en un momento hasta determinada medida, y quedó allí, con un precioso color entre rosado y verdoso, como la más delicada y atractiva decoración dentro de la modesta casa de Ed Barnes.

Kla-xok, klaxok, klaxok...

Solamente se oían las pisadas del klaxok, el cual llegó junto a la planta trepadora y estuvo examinándola atentadoramente con su docena de blandos ojos, hasta distinguir en el suelo la luz dorada del pequeño trozo de prisma, que asió con las pinzas de una extremidad y se llevó a la boca. El pequeño trozo de prisma desapareció dentro de aquel cuerpo negro y velludo.

Kla-xok, kla-xok, kla-xok, se dirigió el ser hacia la puerta de la casa. Salió de ésta, se acercó a los vegetales que antes habían sido Eddy y Lyndon, y recogió del suelo bajo ellos los dos trozos de prisma, que también engulló.

Luego se quedó inmóvil plantado cerca de la playa; tan inmóvil como si jamás fuese a volver a moverse.

Apenas un minuto más tarde pareció que del cielo se desprendía una estrella de verde fulgor intensísimo, que decreció cuando se detuvo muy cerca de la superficie terrestre, casi encima mismo del klaxok. Un rayo de luz dorada apareció de la base de la nave, incidió en la tierra, y dejó en ésta una planta parecida a un cactus. En seguida, este mismo rayo se desplazó, como lo haría en la oscuridad la luz de una linterna, y fue a incidir en el grotesco ser de klaxok, el cual desapareció.

Inmediatamente, la nave alienígena regresó a las profundidades del firmamento, desapareciendo en cuestión de segundos.

Y todo quedó ahora sumido en un silencio absoluto. Ni siquiera se

movía el mar, ni el viento, ni una sola rama de ningún árbol o planta.

Hasta que, de pronto, Celeste Parks salió de la casa de Ed Barnes, y llamó:

—¡Eh! ¡Vengan a comer algo!

La palmera y el pino dejaron de ser palmera y pino, y volvieron a ser Lyndon Crane y Eddy, los cuales se acercaron al lugar donde el rayo de luz había dejado el cactus.

—Abuelo —dijo Eddy, dirigiéndose al cactus—, no te preocupes, ya solucionaremos esto. Lo importante es que estés vivo... Ya verás como volverás a ser el de antes.

—Pero de setenta años, no de treinta —amenazó Lyndon con un dedo—... Usted, a los treinta años, debía ser una persona de lo más problemática, Ed.

—¿Cree que le está oyendo? —preguntó Celeste, que se había acercado.

—Esperemos que sí. Y si no, pues tan tranquilos todos. A fin de cuentas ser vegetal no es ninguna desgracia. Y se puede mirar por el lado positivo: Ed tiene ya setenta años, de modo que seguramente no habría vivido más de veinte o treinta más. En cambio, como cactus, quizá viva dos o tres siglos.

—¿Tanto viven los cactus? —se pasmó Celeste.

—Depende de la variedad. Así que no tengo ni idea de cuánto tiempo podría vivir Ed en su nuevo estado, pues esta variedad no la conozco. Es una mezcla de varias bien diferentes. Está claro que los klaxoks no han venido a la Tierra precisamente bien preparados en cuanto a nuestras formas de vida. Han hecho una mezcla de vegetales que resultan de locura... ¿Dice usted que podemos comer algo, señorita Parks?

—Sí. Encontré algunas latas de conservas.

—Hasta luego, abuelo —saludó Eddy al cactus.

Entraron los tres en la casa, y Eddy fue directo al dormitorio, se arrodilló en un rincón, y arrancó una tabla del piso..., dejando escapar en el acto un resplandor bellísimo e intenso. Asintió con la cabeza, colocó la tabla en su sitio, y se reunió con Celeste y Lyndon en el

recibidor-comedor- cocina.

—Los prismas siguen en su sitio —dijo.

—Fue una buena idea tragamos cada uno un trozo pequeño y dejar escondidos los demás —dijo Celeste.

—Lo que fue buena idea es lo otro, lo de desear que cualquier enemigo viese lo que deseaba ver, se convenciese de que había triunfado en cualquier misión que le hubieran encomendado, y se fuese.

—Es fantástico todo esto —movió la cabeza Eddy—. A mí me gustaban mucho los cómics de fantasía, pero me parece que ya no podré leer ninguno más en "mi vida. Y francamente, siempre creí que eso de las metamorfosis era de lo más disparatado.

—Pues ya has visto que no. Ese klaxok llegó aquí enviado desde su nave con la apariencia de tu abuelo, para hacerse con la luz del poder. Pero como nosotros percibimos eso, y deseamos que él viese la que deseaba ver a fin de que se fuese para siempre de la Tierra, nos hemos salvado: mientras él y los demás klaxoks se han marchado para siempre de la Tierra.

—Sí, pero se han llevado cuatro trozos de prisma: el que le quitaron a mi abuelo y los que nos han quitado a nosotros.

—No importa eso, Eddy —desdeñó Lyndon—. Tenemos más trozos del prisma que tú viste caer. Y además, las personas... o seres que utilizan el prisma no pueden hacer daño, tú mismo lo dijiste. Pueden conseguir cosas, pero no hacer daño.

—Salvo que sean seres inferiores — recordó Eddy.

—Sea como sea —dijo Celeste— es cierto que estamos solos en la Tierra, así que me pregunto qué vamos a hacer.

—Bueno —la miró socarronamente Lyndon—, yo creo que una buena idea sea empezar a preocuparnos por la población futura de nuestro planeta, señorita Parks..., la cual, evidentemente, tendrá que ser mulata.

—¿Se las está dando de gracioso, señor Crane?

—En absoluto. Simplemente me atengo a las realidades: Eddy tiene doce años nada más, y su abuelo, además de ser ahora un cactus,

tiene setenta. Usted dirá a cargo de quiénes ha quedado la... repoblación humana de la Tierra.

—Atrévase tan sólo a tocarme y verá lo que pasa.

—Creo que será mejor que comamos algo —movió la cabeza Lyndon—. No he entendido nunca a las mujeres, y en cambio tengo hambre. Y ahora, bromas aparte: tenemos que pensar en lo que vamos a hacer a partir de mañana para el resto de nuestras vidas, los tres solos en el planeta.

—No estamos solos: está mi abuelo.

—Eddy, si no conseguimos que la luz del poder devolviera la humanidad a las plantas que hemos visto en todas partes, tampoco conseguiremos que devuelva a tu abuelo la vida animal. Tenemos que aceptar la idea de que hemos quedado solos en la Tierra, sin más vida animal de ninguna clase. Esta es la realidad, y hemos de asumirla... y sacar partido de ella.

—A usted ya se le ha ocurrido cómo sacar partido —dijo Celeste.

—Escuche, señorita Parks: antes de conocerla a usted tenía amigas a cientos, y me consta que ninguna tenía queja de mí. Incluso había alguna de raza blanca. Pero si usted realmente se considera superior porque es pelirroja lo aceptaremos así. Le aseguro que no me estoy muriendo de deseos de hacer el amor con usted. A decir verdad la piel blanca me da un poco de asco, ¿sabe?

—¡Grosero!

—Váyase al cuerno, nena — masculló Lyndon Crane.

CAPITULO VI

Había comenzado a aparecer la primera luz del amanecer cuando los tres despertaron, de pronto, debido a la vibración que los sacudió suavemente. Celeste, que dormía en la cama de Ed Barnes, se sentó rápidamente, exclamando:

—¿Qué pasa, Eddy?

Este se sentó también en su lecho, y miró hacia la ventana, en la que había la más hermosa luz dorada que jamás viera en su vida. Era incluso más hermosa que la de los prismas, no tenía comparación... Era algo de una belleza indescriptible, y que no tenía parecido ni con el día ni con la noche, ni con el amanecer ni con el atardecer. Simplemente, era LA LUZ.

Por supuesto que Eddy no sabía lo que pasaba, pero ni siquiera tuvo oportunidad de decirlo, porque Lyndon apareció en el dormitorio, en calzoncillos, absolutamente impresionante, preguntando:

—¿Estáis bien?

—Sí, pero nos ha despertado algo...

—Como a mí. Una vibración. Dios, qué luz...

Los tres se acercaron a la ventana, cuya rejilla contra los mosquitos había sido retirada por Eddy, pues no quedaban mosquitos en la Tierra.

La resplandeciente aeronave estaba en el centro de Pamlico Sound, inmóvil sobre las aguas que parecían mercurio solidificado. Como fondo de la luz dorada se veía el resplandor de las estrellas, que parecían más brillantes y nítidas que nunca.

—Esta nave no es como las otras —susurró Eddy.

—Pero sus ocupantes querrán lo mismo —gruñó Lyndon—. No vamos a tener paz mientras quede en el planeta un solo trozo de prisma, eso es lo que pasa... Mientras quede un solo trozo de esa luz seguirán viniendo seres de otros mundos o de otros universos a buscarlos. ¡Y yo era de los que decían que no existían los extraterrestres!

—¿De veras decía eso? —se pasmó Celeste—. ¿Por qué motivo?

—Por uno muy fácil de entender, señorita Parks: nunca los había visto. Y no me venga con el cuento de que tampoco se ven determinadas cosas, como microbios, por ejemplo, y sin embargo, existen.

—Es usted realmente estúpido cuando se lo propone, señor Crane.

Lyndon iba a replicar cuando, de pronto, tuvo la más extraña, impresionante y aterradora sensación de su vida, algo así como si dentro de él estallara una pena de tal magnitud que resultaba indescriptible. Justo en ese momento, Eddy se echó a llorar, y en seguida lo hizo también Celeste Parks. Lyndon Crane sintió un escalofrío que sólo podría ser descrito diciendo que le pareció que todos sus huesos quedaron convertidos en hielo; hielo que expandió en el acto la más g61ida sensación a todo el cuerpo.

Y de repente, el ser se materializó junto a ellos, dentro del dormitorio. Producía tal resplandor que los tres, que estaban mirando hacia la nave, se volvieron hacia el centro del dormitorio, y lo vieron.

Parecía de luz de sol, de luz de oro.

Era un ser muy parecido al humano, aunque más delgado y menudo, si bien de cabeza algo más grande. Sus cabellos eran dorados, y sus ojos cuadrados. Vestía una túnica dorada hasta los pies, y su aspecto y su expresión inspiraban confianza y bondad.

Tanto se parecía a los seres humanos terrestres que ninguno de los tres únicos supervivientes se sorprendieron al oírle decir, en perfecto inglés:

—Vengo en son de paz. Sean bien hallados. Y no lloren más, todo se va a arreglar.

En el acto, Lyndon dejó de sentir aquella pena tan honda, aquel frío tan horrible; y Celeste y Eddy dejaron de llorar. Los tres contemplaban fascinados al hermoso ser de cabellos dorados y ojos cuadrados.

—Os diré, ante todo, qué es el ser humano, en cualquier parte del universo que se halle: el ser humano es, básicamente, intelecto y mente. Y está hecho de lo mismo que están hechas las demás cosas: de todo cuanto existe en el único universo. Sólo que, mientras la materia es transformable y hasta perecedera, la mente no perece jamás, y ello

porque la mente ES EL UNIVERSO. Si la mente es pura y no ha sido deteriorada comprende esto, comprende que ES el universo, y entonces lo sabe todo, lo conoce todo, lo puede todo. Desdichadamente para vosotros, éste no es vuestro caso, pero sí el nuestro. Por eso, nosotros, los habitantes de Kov, nunca abandonamos las mentes de los nuestros. Lo cual es muy fácil de comprender, pues sólo podemos tener tantos cuerpos como mentes haya en el planeta Kov. Y ahora, por favor: ¿queréis devolvernos nuestras mentes?

Absolutamente fascinados, Celeste, Lyndon y Eddy miraban al ser con la mente tan en blanco que no habían entendido nada de nada. Habían oído, pero las palabras todavíano habían impregnado su significado en sus mentes, no conseguían reaccionar.

De pronto, Lyndon exclamó:

—¿Qué mentes?

—Las mentes que disponen de la luz del poder.

—Dios mío —susurró Celeste—, ¿De qué está hablando este... esta... este... ser? ¿De qué mentes está hablando? ¿Quién es, de dónde ha salido...?

—Evidentemente de la nave que hay ahora en el centro de la bahía —dijo Lyndon.

—¿Quiere usted los trozos de prisma? —preguntó Eddy.

—Así es —asintió el ser de Kov—. Mi nombre es Nkovok, y he salido de mi nave. No deseo enfrentarme a vosotros, del mismo modo que nunca me he enfrentado a nadie. Simplemente, os ruego que me devolváis las mentes de mi gente del planeta Kov.

—¿Quiere decir... que los trozos de prisma son mentes? —exclamó Celeste.

—En efecto.

—Pero... no es posible... ¡Son trozos de cristal!

—Son lo que quieren ser cuando llega el momento de protegerse.

—Escuche —susurró Lyndon—, presiento con toda claridad que no debemos temer nada de usted, pero tampoco le entendemos. A decir verdad no entendemos nada de nada.

—Me hago cargo. ¿Puedo contar con que me devolveréis las mentes de mi gente?

—Desde luego —asintió Celeste—. Es decir, a menos que el señor Crane tenga algo que oponer, cosa que en él no me sorprendería.

—Usted y yo —la apuntó Lyndon con un dedote enorme— nos vamos a ver las caras en serio en cualquier momento, señorita Parks. La verdad es que no comprendo qué se propone fastidiándome tanto. Me pregunto si quiere que le rompa la cara, que le escriba versos, o que la viole.

—A cada instante que pasa, señor Crane, es usted más vulgar.

—Pues usted...

—¿Qué están haciendo ustedes? —preguntó Nkovok.

Lyndon calló de repente, miró al alienígena, y soltó un gruñido. Celeste refunfuñó algo. Eddy sonrió y dijo:

—Están discutiendo.

—Ah. Sí, ya entiendo el concepto, pero no la acción. No tiene sentido discutir. Eddy, ¿me entregas las mentes?

Era todo como irreal, pero incluso las más insólitas situaciones pueden ser asimiladas por la mente del ser humano, así que Eddy asintió, fue adonde tenía escondidos los trozos de prisma, y dejó salir el raudal de luz. Nkovok se acercó, y se quedó mirando el resplandor. Eddy alzó la mirada, y murmuró:

—Faltan algunos trozos que se llevaron los klaxoks.

—Ya lo sé, pero los recuperaremos. Los klaxoks, los nixd, y otros muchos seres del universo han venido robándonos mentes desde hace mucho tiempo, pero siempre terminamos por recuperarlas.

—¿Quiere decir que son más numerosos y más fuertes que los nixd y los klaxoks?

—Somos más inteligentes, nada más. Por lo demás, en Kov somos muy pocos, y es por eso que cuando nuestras materias son desintegradas las mentes deben ser recuperadas, a fin de que puedan ocupar nuevos cuerpos que serán gestados. Comprenderás, Eddy, que no vamos a poner en la vida cuerpos sin mente.

—Claro... Sí, creo que entiendo. Se trata de eso que ha dicho antes de que son siempre las mismas mentes que van ocupando diferentes cuerpos.

—Sí. Pero las mismas mentes no significa que siempre sean iguales, pues están siempre en evolución constante.

—Igual que nosotros, los terrestres.

—Me temo que no, Eddy —rechazó amablemente Nkovok—: vosotros no estáis en evolución, sino en expansión.

—¿Qué quiere decir con eso? —inquirió Celeste, que escuchaba con mucha atención.

—Puesto que he aprendido su idioma y sus modos de expresión, puedo ponerle un ejemplo, señorita Parks... Imagínese un atleta que se dedica exclusivamente a desarrollar sus bíceps con pesas. Cada día sus bíceps serán más fuertes, más grandes, más capaces de manejar pesos o realizar proezas de fuerza. Sin embargo, nunca hará nada de esto si además de hacer los ejercicios de fuerza no hace ejercicios de habilidad. ¿Me comprende?

—Creo que sí —murmuró la pelirroja—. Usted quiere decir que nuestro cerebro es cada día más sólido y fuerte, pero menos hábil.

—Exactamente. Y ello porque lo utilizan más para labores mecanizadas que para pensar, reflexionar, meditar, evolucionar y crear. Resuelven sus problemas cada vez más fácilmente, pero siempre del mismo modo, así que nunca avanzan..., o avanzan muy despacio. Una vez adquirido un hábito o un conocimiento lo utilizan de modo excesivo, y finalmente se comportan como robots con un programa aprendido. Por eso están ustedes tan deteriorados, tan hundidos en los últimos grados del desarrollo mental. El gimnasta de mi ejemplo haría mejor en desarrollar menos los bíceps y aprender a utilizarlos de más maneras..., además de desarrollar otros músculos.

—¿Quiere decir que hay algo más que la mente? —saltó Lyndon.

—Siempre hay algo más que la mente, en el sentido de

que la misma mente es más mente hoy que ayer. Esto, en Kov, no aquí. ¿Quiere que le diga k) que está pensando, señor Crane?

—¿Qué estoy pensando? —farfulló Lyndon.

—Que todo esto parece una mala película en color. Y tiene usted razón: la vida, la trayectoria y el destino de la Tierra lo han convertido ustedes en una mala película.

—¿Y qué habría que hacer para que la película fuese buena? —preguntó Eddy.

—No detener nunca la proyección de la mente, pues ése es el único modo de conseguir siempre lo que se desea.

—Eso debe querer decir —intervino de nuevo Lyndon— que nosotros conseguimos todo lo que deseamos cuando estamos en contacto con los prismas..., es decir, con sus mentes, porque nos... contagiamos de ellas.

—En efecto.

—O sea, que ustedes, en Kov, pueden volar y hacer todas las cosas que podemos hacer nosotros cuando estamos en contacto con una de sus mentes.

—Así es. Podemos hacer todas esas cosas, muchas más..., y mejor hechas. No hay nada en el universo que pueda superar el poder de la mente, y ya les he dicho por qué: porque la mente ES el universo, o si lo prefiere dicho de otro modo el universo se manifiesta por medio de la mente. Y como ustedes han decidido que son algo aparte del universo, que están en él, pero no SON él, disponen de unas facultades realmente raquíticas. Igual que los demás seres del universo del nivel de los nixd y los klaxoks, que son incluso capaces de ocasionar el cese de la vida de otros seres, lo cual es la más clara indicación de hallarse en niveles inferiores. Ustedes, señor Crane, son capaces de matar, y eso es lo más absolutamente horrible que se puede hacer con la vida. Ya sé que todo ha de morir o de transformarse, pero ustedes impidencontinuamente que se cumplan los ciclos naturales en personas y animales. Eso es una muestra de la inferioridad de los seres.

Lyndon Crane contemplaba con el ceño fruncido a Nkovok. Soltó uno de sus gruñidos, y se acercó a la ventana, para mirar hacia la nave que se había posado en la bahía. Alrededor de aquélla se veían siluetas parecidas a la de nkovok, y había en el ambiente un silencio sosegado, diferente al anterior.

Lyndon se volvió hacia Nkovok, que lo contemplaba con interés.

—Me pregunto qué demonios han venido ustedes a hacer a la

Tierra, si tan inferiores nos consideran. Lógicamente no deben esperar nada bueno de nosotros.

—Estamos aquí por accidente. Una nave nixd atacó a una de las nuestras que se había averiado y estaba esperando ayuda. Aprovechando esa debilidad de nuestra nave, los nixd la hundieron en el espacio, y quiso la casualidad que cayera en la fosa de la Vía Láctea y llegara a la Tierra. Al llegar a la atmósfera de su planeta nuestra nave se desintegró, pues caía sin control alguno. Los seres que viajaban en ella se desintegraron también, pero, naturalmente, pusieron a salvo sus mentes, para que fuesen recogidas por nosotros y llevadas de nuevo a Kov.

—Yo vi caer solamente un... objeto, que se rompió en muchos pedazos cuando estuvo sobre la bahía —dijo Eddy.

—Las mentes se unieron para alejarse juntas de la nave que se desintegraba, pero de nuevo tuvieron que separarse al seguir cayendo hacia el calor de este planeta. Decidieron buscar diferentes acomodos para intentar obtener diferentes soluciones durante el tiempo que deberían permanecer en este planeta.

—De modo —murmuró Celeste— que esos... cristales de oro piensan.

—Piensan, crean y evolucionan. Y si ustedes hubiesen comprendido el auténtico valor y poder de la mente estarían ahora en un nivel muy diferente al actual, no serían tan- torpes y agresivos.

—Pues usted no puede quejarse —replicó un tanto desabrido Lyndon—: nadie le ha atacado ni le ha negado lo que ha venido pidiendo, a pesar de que para nosotros la posesión de la luz del poder es muy importante.

—Si ustedes hubiesen aprendido a utilizar su propia luz no necesitarían la luz de mentes ajenas. Pero ustedes todavía no han aprendido que no hay mayor poder que la luz de la mente, y están utilizando otros medios para exterminarse unos a otros. En cuanto a mí, simplemente he tenido la suerte de encontrarme con terrestres no demasiado inferiores, eso es todo.

—La cosa tiene gracia —dijo socarronamente Lyndon—: viene usted aquí a recuperar cosas que a nosotros nos convienen, nos insulta, y además me parece que espera poder marcharse tan campante.

—¿No va usted a dejarme marchar, señor Crane?

Lyndon entornó los ojos astutamente. Volvió a mirar al exterior, y de nuevo a Nkovok.

—Usted sabe que yo no podría impedirle que se fuera —dijo lentamente—. Sin duda dispone de armas más poderosas que todo lo que yo pueda conseguir en la Tierra.

—Nosotros no disponemos de más arma que nuestra mente iluminada, señor Crane. Y fíjese cómo será esa... «arma» que todos nuestros vecinos galácticos finalmente han llegado a la conclusión de que es la que más les interesa. Pero están haciendo lo mismo que ustedes: en lugar de procurarse por sí mismos la luz del poder desarrollando las facultades de sus

mentes se dedican a robarlas. En estos momentos, conocedores del percance de nuestra nave que se desintegró, y del lugar donde cayó, hay miles de naves de muchas galaxias que se están acercando a la Tierra, con el único propósito de conseguir alguna de nuestras mentes.

—¿Se están acercando a la Tierra miles de naves de otras galaxias? —jadeó Celeste.

—Así es. En todo el espacio que rodea a la Tierra en un radio que podríamos calcular como la distancia que hay de aquí a Marte las naves de diferentes galaxias cierran el camino de regreso a la nuestra.

—O sea —exclamó Eddy— ¡que no van a poder regresar ustedes a Kov! Quiero decir... que pueden desintegrarlos con sus armas. ¿O no?

—No mientras nuestra nave no tenga ninguna avería en la regeneración continuada de su propia energía, que fue lo que ocurrió con la otra. Pero bien podría ocurrir, claro está, en cuyo caso, en efecto, seríamos destruidos..., y nuestras mentes, y las de los ocupantes de la nave anterior quedarían perdidas en este ámbito cósmico a la espera de que otra nave, que partiría en su búsqueda por el universo, las encontrase. No podemos permitimos el lujo de perder mentes de Kov, Eddy.

—Entonces... es muy importante para ustedes escapar, romper ese cinturón de naves.

—Evidentemente.

—¿Y no piensan utilizar ninguna clase de arma para conseguirlo?

—No podemos, simplemente. Nuestro intelecto es tan elevado que no admite en modo alguno la idea de interrumpir cualquier manifestación de la vida en el universo.

—Pues mal lo tienen —dijo Lyndon—. Se diría que lo que más les conviene, dadas las circunstancias, es quedarse en la Tierra, bien escondidos.

—Eso no sería realmente ninguna tragedia, pues tarde o temprano regresaríamos a Kov. Sin embargo, lo cierto es que no queremos permanecer en la Tierra: no vale la pena, señor Crane.

—En lugar de humillarnos de modo tan continuado —explotó Lyndon—, lo que deberían hacer es ayudarnos a conseguir ese desarrollo mental. Si tan bondadosos son, eso es lo que tienen que hacer, ¿no le parece?

—Tal vez tenga razón —reflexionó Nkovok—, pero no se me ocurre cómo ayudarles, de veras.

—Un modo muy sencillo seria dejándonos algunos de esos prismas de luz —dijo rápidamente Celeste.

Nkovok la miró, miró a Lyndon, miró a Eddy. De nuevo pareció reflexionar. Por fin dijo:

—Si dejase aquí algunas mentes de Kov sería terrible para ellas. Sería como..., como si a ustedes les obligasen a vivir en el mismo sitio y del mismo modo que sus cucarachas, por ejemplo. Y las mentes de Kov no merecen eso.

—Usted está sacando las cosas de quicio —se molestó no poco Lyndon Crane—. ¡No creo que haya tanta diferencia entre sus mentes y las nuestras!

—Sí la hay, señor Crane.

—¿sí? Bueno, concretamente ¿en qué? ¿En que han inventado naves superiores a las nuestras? Eso es pura técnica..., que no tiene nada que ver de un modo directo con la evolución mental. Yo creo que usted está alardeando demasiado de esa diferencia de nivel mental.

—Es posible. Pero el hecho cierto es que no pienso dejar ni una sola mente en la Tierra.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que quizá tengan que quedarse todas, incluida la de usted? Acaba de decir que se

acercan miles de naves precisamente con el propósito de conseguir mentes de Kov. Ya hay aquí mentes liberadas de Kov, y esas mentes, y las de ustedes mismos, quizá se queden aquí para siempre si destruyen su nave. Entonces no tendrán más remedio que quedarse..., y relacionarse con las cucarachas, hasta que lleguen sus vecinos galácticos, se las apropien, y se las lleven como esclavas para siempre a sus galaxias. Ellos tienen la suficiente fuerza para quedarse con la luz del poder..., es decir, con las mentes de sus amigos y la de usted mismo.

—Es un grave dilema, ciertamente —admitió sosegadamente Nkovok—. Y se me está ocurriendo que... Bueno, tal vez habría un modo de que llegásemos a un acuerdo ustedes y yo.

—¿Qué clase de acuerdo?

—Digamos que yo podría... dejarles aquí seis mentes de Kov a cambio de la prestación de un servicio por parte de ustedes.

—¿Qué ser vicio?

—Cualquiera que nos permitiera a mí y a mis compañeros de expedición de regresar a Kov sanos y salvos con todas las mentes menos seis. Bueno, señor Crane, creo que mi oferta es buena: usted conoce la Tierra, quizá conozca su espacio exterior cercano, quizá disponga de algún recurso que nos permita escapar de este cerco... Si es así, le entregaré seis mentes, de modo que ustedes dispondrán siempre de la luz del poder en la Tierra. ¿Se le ocurre algo, señor Crane?

Celeste y Eddy miraban con los ojos muy abiertos a uno y otro. Por fin, los dejaron fijos en Lyndon Crane, que no necesitó ni una décima de segundo para dar una respuesta:

—Por supuesto que se me ocurre algo... De donde se desprende, creo yo, que mi mente no es tan inferior con respecto a la suya. De acuerdo, yo los voy a sacar de aquí, y ustedme dejará voluntariamente seis prismas, es decir, seis mentes de Kov.

—¿Qué es lo que piensa usted hacer? —inquirió Nkovok.

—Pienso utilizar las armas de su nave para abrirnos paso hacia el espacio exterior.

—Señor Crane: ya le he dicho que mi nave no dispone de armamento de ninguna clase.

—Ya lo creo que sí —sonrió Lyndon—. Y del más potente de todos: nada menos que de la energía. Veamos: ¿acaso no podrían ustedes concentrar esa energía en rayos luminosos capaces de desintegrar… cualquier cosa en el espacio?

—Casi cualquier cosa, sí —admitió de mala gana Nkovok—. Pero ya le he dicho que nosotros nunca hacemos nada que ocasione merma de vida en el universo.

—Seré yo quien lo haga, no ustedes.

—Eso no es más que una burda sutileza —protestó Nkovok—, puesto que nosotros sabremos que usted lo está haciendo, y utilizando una de nuestras naves.

—¿Y qué culpa pueden tener ustedes de que yo haga mal uso de algo? Eso queda bajo mi responsabilidad personal, ¿no le parece?

Nkovok vaciló de nuevo. Por fin, asintió, y dijo:

—Está bien. Vengan conmigo a la nave, y espero que podremos complacerle, señor Crane.

—¿Y mi abuelo? —preguntó de pronto Eddy—. ¡Los klaxoks lo convirtieron en vegetal, y no quisiera que se quedara así el resto de su vida!

—¿Qué tiene de malo ser vegetal? —se sorprendió Nkovok—. Quiero decir, se entiende, en un planeta como éste.

—Pues no sé… Pero estoy seguro de que mi abuelo preferirá ser lo que era, y no un vegetal.

—Está bien, Eddy, regresaremos a tu abuelo a su estado originario.

—Pero ¡con setenta años, no con treinta! —saltó Lyndon. Nkovok movió la cabeza afirmativamente, los miró a los tres uno a uno, despacio, y desapareció de allí. Eddy, Celeste y Lyndon salieron de la casa rápidamente, y vieron a Nkovok esperándolos delante. Los cuatro se encaminaron hacia donde estaba el cactus, y se detuvieron a escasa distancia. Nkovok se adelantó unos pasos más, se detuvo, y quedó inmóvil, sosteniendo en sus brazos los prismas de la luz del poder.

De repente, el cactus sufrió la veloz transformación que lo convirtió de modo alucinante en Ed Barnes, el cual se movió en el acto y aulló:

—¡maldita sea mi estampa, que me explique alguien lo que está pasando aquí! ¡Por todos los tiburones del…!

—Yo te lo explicaré, abuelo —dijo Eddy, acercándose a él—, mientras vamos a la nave de los seres de Kov.

CAPITULO VII

Fue la nave la que acudió al encuentro de ellos, desplazándose silenciosa y suavemente sobre la superficie de las aguas de Pamlico Sound del mismo modo que lo haría un patín sobre hielo. Junto a ella, simplemente, desplazándose a la misma velocidad en el aire, suspendidos, llegaron más seres de Kov, los compañeros de Nkovok, que contemplaron inexpresivamente a los cuatro terráqueos.

Había amanecido ya, y el día de agosto sugería ya un calor formidable. Las aguas seguían pareciendo mercurio cada vez más sólido, hasta el extremo de que todos habían caminado sobre ellas sin problema alguno.

Ed Barnes, puesto al corriente de lo último sucedido, miraba furiosamente a Lyndon Crane, pero de pronto estalló en una carcajada, y dijo:

—¡Apuesto a que usted terminará siendo rubio y con ojos azules!

—¿A qué viene eso ahora? — masculló Lyndon.

—Viene a que ya sé perfectamente por qué usted y la señorita Parks cambiaron sus colores. Igual que lo sabe Eddy… ¿Verdad, Eddy?

—Sí, abuelo —rió el muchacho—. Del mismo modo que sabemos por qué le pasó lo mismo a la señorita Parks…

Un lado de la nave de Kov se abrió ante ellos, dejando una abertura longitudinal, de unos tres metros de ancho por dos de alto. Dentro de la nave había un resplandor dorado que proporcionaba una luz que parecía no brotar de ningún sitio. De esa profundidad surgieron dos seres de Kov, que se hicieron cargo de los prismas recuperados por Nkovok. Los restantes kovianos que habían estado fuera también entraron en la nave, y ésta se cerró, dejando fuera la cruda y dura luz solar y proporcionando a todos la suave sensación de hallarse inmersos en algo protector, como si aquel resplandor dorado fuese suficiente para preservarlos de cualquier mal.

—¿De dónde viene esta luz? — preguntó Celeste.

—De nosotros —dijo Nkovok—. Es decir, de nuestras mentes.

—Eso no es posible.

—Señorita Parks, por favor, entiéndalo: no hay nada que la mente no pueda conseguir…, siempre y cuando la mente esté en el nivel adecuado, se entiende. Si usted quiere dar luz, dará luz.

—Pues estoy queriendo dar luz y no lo consigo.

—Entonces, sencillamente, significa que usted no está preparada. En el momento en que lo esté ya verá cómo siempre tendrá luz a su alrededor, esté donde esté.

—Pues es lo único que le falta a esta preciosidad —dijo Ed Barnes.

—¿Dónde están los generadores de energía? —preguntó Lyndon.

—En la parte inferior de la nave. Pero no hace falta que vayamos allí, señor Crane. Vamos al salón de mandos, y dígame, allá qué es lo que quiere conseguir exactamente.

El resplandor de luz dorada adquirió de pronto mayor intensidad, y, en un instante, Nkovok y los visitantes de la nave desaparecieron del recinto de llegada y aparecieron en el salón de mandos, ocasionando un respingo colectivo en los terrestres.

El salón de mandos era enorme. Era un recinto circular de un diámetro no inferior a los treinta metros, y no había en él absolutamente nada aparte de las instalaciones de mandos situados en un punto. Allá había paneles e instrumentos de lo más sofisticado, y algunos kovianos los atendían en silencio. Uno de ellos, simplemente miró a Nkovok, el cual lo miró a su vez, y acto seguido miró a los visitantes.

—Me dice Dood que, en efecto, están convergiendo en esta zona del universo miles de naves en busca de la luz del poder, y que están ya muy cerca.

—Entonces no tenemos tiempo que perder —dijo Lyndon—. Usted sabe muy bien lo que quiero, ¿no es cierto?

—Desea usted que improvisemos un lanzador de energía concentrada que pueda ser manejado a voluntad. Es decir, un arma pura y simplemente como la que están utilizando los klaxoks, los nixd, y todos los demás.

—Eso deseo. Y deseo saber cómo está exactamente la situación.

Una vez más asintió Nkovok. Otro de los kovianos instalado ante los instrumentos manipuló en éstos, y varias pantallas visoras se iluminaron, mostrando la aterciopelada luz negra del espacio exterior, en la que destacaban las estrellas... y multitud de puntos rojos que destellaban.

—Los puntos rojos son naves, señor Crane —dijo Nkovok.

—Se entiende naves enemigas.

—Naves ocupadas por seres que desean lo que no es suyo.

—Ya veo que le gusta a usted matizar bien las cosas. Bueno, ya me avisarán cuando pueda disponer de ese lanzador de energía...

—Ya está a su disposición. Venga, le enseñaré cómo puede utilizarlo... Acomódese aquí. Este botón coloca en la pantalla las cuadrículas de localización, señaladas con símbolos; cuando el símbolo vertical y el horizontal coinciden significa que tiene usted al alcance de su emisión de energía cualquier objeto que se halle en la zona. Es simple y rápido.

—Demasiado simple, demasiado rápido, y demasiado eficaz para que se trate de una improvisación por parte de ustedes. No puedo creer que no tuvieran prevista una situación como ésta y que no estuvieran dispuestos a utilizar este gran sistema ofensivo-defensivo.

—Usted puede creer lo que guste, señor Crane, pero nosotros nunca mermamos la vida en el universo, ya se lo he dicho.

—Tal vez nunca se han enterado de que nada muere realmente en el universo — replicó Lyndon.

—Conocemos esa teoría. Nada muere, sólo se transforma. Pero usted, sin duda, preferirá seguir siendo Lyndon Crane todo el tiempo posible antes de... transformarse en otra manifestación de vida. Y ahí es donde interviene la mente, la voluntad y la evolución. Por ejemplo: ¿qué le gustaría a usted ser cuando deje de ser Lyndon Crane?

—No lo sé.

—Esa es la diferencia entre ustedes y nosotros. Nosotros ya hemos pensando en ellos, ya sabemos lo que queremos ser, y nuestras mentes progresan y evolucionan para conseguirlo.

—¿Y qué quieren ser ustedes, en definitiva?

—La última materia viva del universo. Última y definitiva.

—¿Y qué materia es ésa?

—Ahí está la cuestión: sólo lo sabremos si seguimos evolucionando y alcanzamos el grado suficiente de luz. Bien, señor Crane, parece que todo está en sus manos ahora, ¿no es así?

Lyndon Crane dirigió una hosca mirada a las pantallas. Había tantos puntos rojos destellando que parecía totalmente imposible pasar entre ellos, y todavía más destruirlos a todos para abrirse camino hacia las lejanías del cosmos.

—Sí —murmuró—, todo está en mis manos. Y en las de nuestros adversarios, porque ellos también pueden alcanzarnos a nosotros...

—Ah, no. Por eso no se preocupe, salvo que nuestra nave tenga una avería que reduzca su regeneración de energía. Mientras no suceda, estamos a salvo de cualquiera agresión.

—Entonces... ¿para qué me necesitan a mí? Sólo tienen que pasar por entre todas esas nuevas, y asunto terminado.

—Si fueran pocas lo haríamos, pero ellos saben que la concentración de sus disparos de energía, sí pueden dañarnos. Esa es la dificultad: que sean tantos.

—Bueno, pues eliminemos unos cuantos.

Nkovok no dijo nada. Lyndon miró de nuevo las pantallas, y efectuó unas pruebas para asegurarse de que manejaría adecuadamente las descargas de energía y las cuadrículas. Se trataba de abrirse paso entre aquel enjambre de naves, y por lo visto para conseguirlo no había más remedio que utilizar las armas...

—Usted dirá, señor —susurró Nkovok.

—Vamos allá —dijo el terrestre.

—A nuestra velocidad podemos salir de la zona en menos de setenta horas..., si es que es posible salir.

—Dé la orden de partida.

—Está dada, señor Crane.

* * *

Ciertamente, lo que en una pantalla visora aparecía apretado y denso no resultaba del mismo modo exacto en el espacio. La realidad era que las naves que se acercaban a la Tierra desde todos los puntos se esparcían en cientos de miles de kilómetros, distancia entre ellas que se iba reduciendo a medida que se acercaban a su punto de destino, lógicamente.

Pero las distancias, que en términos terrestres resultaban tremendas, resultaban insignificantes en el espacio y para los sistemas de agresión de todas las naves. Así, un disparo de energía podía alcanzar incluso el millón de kilómetros antes de disolverse como simple humo en las profundidades infinitas.

Los primeros disparos, cuando la mayoría de las naves estuvieron dentro de la zona de mutuo alcance, partieron de las naves que se acercaban al planeta Tierra. Su objetivo estaba bien claro: desintegrar la nave koviana a fin de que las mentes escapasen de ella, y entonces, simplemente, recogerlas en el espacio.

Pero en esta ocasión los adversarios de Kov se llevaron la gran sorpresa.

Sucedió lo que nunca había sucedido: la nave de Kov, acosada, comenzó a replicar a sus disparos, y por cierto con una ferocidad que en nada encajaba con los kovianos. Desde los respiraderos energéticos de la nave de Kov partían descargas sin cesar, y prácticamente cada una de ellas ocasionaba la desintegración de una de las naves que, cual un enjambre de insectos, pretendían cerrar el paso.

Dentro de la nave de Kov, Nkovok advertía a Lyndon Crane:

—Si pueden, no vacilarán en sacrificar varias de sus naves para interceptar nuestro paso, provocando una colisión. Lo han intentado muchas veces.

—Es decir, que están dispuestos a todo con tal de conseguir la luz del poder.

—Como usted, señor Crane.

Lyndon apretó los labios, miró un instante a Nkovok, y dedicó de nuevo toda su atención a la pantalla, reanudando sus tandas de

disparos. Parecía que el cielo estuviese descomponiéndose en figuras geométricas de colores. Cientos de líneas incandescentes lo surcaban, unas partiendo de la nave de Kov, otras buscando a ésta tenazmente, mientras se desplazaba en velocísimo viaje que la iba alejando más y más de la Tierra.

—¿Y en qué se transforman los seres de esas naves que estamos destruyendo? —preguntó Eddy en un murmullo.

—En diferentes manifestaciones de vida siempre a la búsqueda de la luz del poder, Eddy. Son realmente seres… de gran retraso mental a pesar de su avanzadísima tecnología y conocimientos científicos. Y ello, porque deberían haber comprendido hace ya mucho tiempo que no es necesario destruir vida ni robar para alcanzar la luz del poder…, pues todos la llevamos dentro.

—Pero… ¿cómo localizarla? — preguntó Celeste.

—Buscándola.

—Este sujeto nos está tomando el pelo —dijo Ed Barres—. En todo el tiempo que hemos estado dentro de esta nave hasta entrar en combate nos ha dejado solos y sin explicaciones de ninguna clase, y ahora que estamos todos reunidos en el salón de mandos, preocupados, se pone a decimos todo este galimatías. Buscándola, dice… ¿Y cómo se puede buscar algo que no sabemos qué ni cómo es exactamente?

—Usted busque el medio de ser mejor a cada instante, señor Barnes —replicó Nkovok—, y ya habrá encontrado la luz del poder.

—Yo no tendré nunca ningún poder en parte alguna por mucha luz que tenga —gruñó el anciano—, de modo que no me venga con ese cuento de la luz del poder.

—En ese caso —dijo suavemente Nkovok—, pensé que puede usted conseguir, si no la luz del poder, sí el poder de la luz.

En la pantalla seguían apareciendo los resultados del combate que parecía interminable. La experiencia para los terrestres era sencillamente alucinante. Estaban pasando por entre el enjambre enemigo rodeados de descargas, y sabiendo que muchas de ellas los habían alcanzado, pero sin que ocasionasen daño ni problema alguno.

De repente, otra pantalla se iluminó, y Celeste lanzó un grito al ver la horrenda criatura que apareció. Era de una negrura de noche

infinita, y disponía de unos órganos oculares que parecían masas blandas de tono rojo. Su cabeza era un amontonamiento de placas que parecían de carne viva. Emitió unos sonidos, y Nkovok contestó de idéntica forma. La imagen desapareció de la pantalla.

—Santo Dios —jadeó Celeste—. ¿Qué era eso?

—Un gorv —explicó Nkovok—. Ha sido designado para ponerse con contacto con nosotros y hacernos una oferta. Están... sorprendidos y asustados por nuestra reacción esta vez. Le he explicado que se trata de una... alianza, y que hará mejor en no ponerse en nuestro camino.

—¿Qué oferta ha hecho? —se interesó Lyndon.

—Nos dejarán pasar sin más combates si le entregamos la luz del poder de nuestros compañeros que ya murieron cuando los nixd hundieron la otra nave. De no hacerlo así, nos exterminarán a todos.

—Dígale a ese bicharraco —saltó Ed Barnes— que se vaya al infierno. ¿Verdad, Lyndon?

—Verdad —dijo éste—. No vamos a entregarles los prismas que queremos para nosotros. De modo que pasaremos..., quieran o no quieran los gorv y cualesquiera otros bicharracos que se nos pongan en la ruta. Y lo vamos a hacer ya, sin más contemplaciones.

De nuevo se dedicó Lyndon Crane a los mandos de agresión, provocando tremendas descargas cada vez más certeras. A su paso siempre alejándose de la Tierra iba dejando apenas leves y brevísimas volutas de humo en que se convertían uno tras otro los enemigos. Las naves eran alcanzadas por los rayos de energía, se convertían en humo brevemente, y desaparecían. Hubo tres intentos de frenar la nave koviana utilizando masas de naves enemigas interceptando el paso, provocando la colisión, cosa que no consiguieron, pues aquí intervenían los expertos y veteranos navegantes de la nave comandada por Nkovok.

Finalmente, y de pronto, la pantalla apareció sin un solo destello rojo, ofreciendo sólo la negrura estrellada del cosmos. Durante unos segundos reinó el silencio en el salón de mandos de la nave de Kov, hasta que Ed Barnes exclamó:

—¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos pasado!

—Eso parece —asintió Nkovok.

—¡Cómo que «parece»! ¡Hemos pasado! Yo no veo ninguna señal de presencia enemiga en la pantalla. ¡Y mi vista todavía es buena!

—Su vista es buena, en efecto —admitió Nkovok—. Hemos dejado atrás todas las naves sobrevivientes a esta absurda exterminación masiva. En estos momentos seguimos nuestra ruta llevando detrás, sin desánimo, el resto de las naves. Nos seguirán hasta que los dejemos tan atrás que pierdan el horizonte… Nunca dejarán de seguirnos.

—Bien, pero eso es ya otra cuestión —dijo Lyndon—. Nosotros hemos cumplido nuestra parte, ¿no es así?

—Sin la menor duda, señor Crane.

—Entonces cumpla usted la suya: entréguenos seis prismas y facilítenos el regreso a la Tierra.

—Esa es ya otra cuestión —replicó mordazmente Nkovok.

—¿Qué? — exclamó Celeste.

—No se habló de su regreso a la Tierra —dijo suavemente el koviano—. Yo no recuerdo, tampoco, que se hablase de facilitarles ese regreso… El trato fue que les entregaría seis mentes, y eso sí voy a cumplirlo.

—Pero… ¡nosotros no podemos regresar a la Tierra sin su ayuda! —protestó Eddy.

—Ya lo sé —admitió el koviano—. Pero yo no me obligué a prestaros esa ayuda, Eddy.

—Pe…pero se… sobreentendía —tartamudeó Celeste—. ¡Se sobreentendía!

—No por mi parte.

—¡Esto es una cerdada! —aulló Ed Barnes—. ¡Es la cerdada más grande de que he tenido noticia en toda mi vida! ¡Usted sabe perfectamente que nosotros solos no podemos regresar! ¡Tiene que facilitamos un medio!

—¿A cambio de qué? — inquirió Nkovok.

—De acuerdo — lo miró fijamente Lyndon Crane—: ¿cuál es su juego, Nkovok? Supongo que recuperar las mentes de sus compañeros. Ahora nos dirá que a cambio de trasladarnos a la Tierra tenemos que

devolverles esos seis prismas.

—En efecto, señor Crane. Es usted muy sagaz. Yo puedo proporcionarles una pequeña nave que pasará como una exhalación a través de las naves que nos persiguen tan absurdamente, y en la mitad del tiempo invertido para llegar hasta aquí pueden ustedes estar de regreso en la Tierra, sin problema alguno.

—¿Sin problema alguno? —saltó Ed Barnes—. ¡Esos sujetos de las naves perseguidoras nos perseguirán, invadirán la Tierra y...!

—No les harán caso —rechazó Nkovok—. La Tierra no les interesa para nada, señor Barnes, pues disponemos en nuestras galaxias de planetas suficientes y suficientemente confortables. Ustedes todavía no lo han entendido: nunca interesaran al resto del universo, mientras se hallen tan lejos del poder de la luz. Volviendo al símil de antes: ¿acaso ustedes se empeñarían en invadir y ocupar un planeta en el que sólo hubiera cucarachas? Estoy seguro de que no. Pues bien, eso es para el resto de las galaxias su planeta Tierra: un nido de cucarachas, cuya mente global está a unos niveles de escoria. De modo que... ¿para qué puede nadie invadir la Tierra?

—Maldita sea su estampa —jadeó Ed Barnes.

—Es inútil discutir —dijo Celeste—. La cuestión está en que o aceptamos las imposiciones de Nkovok o jamás podremos regresar... ¡Y no nos diga que no vale la pena! Tal vez para usted el planeta Tierra no sirva para nada y sea un nido de cucarachas, pero es nuestro planeta, y si algo bueno hemos de conseguir alguna vez será allá, y no en ningún otro lugar del universo.

—Por primera vez desde que la conozco —la miró asombrado Lyndon—, y parece como si hiciera siglos de eso, ha dicho usted algo con lo que estoy completamente de acuerdo.

—Entonces... ¿aceptan? — inquirió Nkovok.

—Usted ha sabido en todo momento que aceptaríamos —lo miró hoscamente Lyndon—, porque hasta las cucarachas prefieren su hábitat a cualquier otro. Así que no hablemos más: díganos cómo debemos regresar a la Tierra..., y váyase al cuerno con sus prismas.

—¿Y qué pasará cuando regresemos? —preguntó Eddy—. ¿Todo seguirá como ahora? Quiero decir, ¿solamente habrá vegetales en la Tierra?

—Así parece, Eddy.

—Pero... usted regresó a mi abuelo a su estado humano cuando era un cactus. ¿No podría hacer lo mismo con los demás habitantes de la Tierra?

—¿Crees que vale la pena?

—No lo sé, pero si tanto respeta usted la vida y sus formas creo que debería dejar las cosas como estaban en la Tierra antes de que su nave y sus mentes cayeran en ella.

—¿Realmente quieres eso?

—Claro.

—¿Y los demás? —miró Nkovok a Celeste, Ed y Lyndon—. ¿Desean lo mismo que Eddy?

—¿Qué es exactamente lo que podría hacer usted..., qué es lo que podría conseguir? — inquirió Lyndon, tenso.

—Puedo conseguir que todas las moléculas de vida que los nixd y los klaxoks alteraron vuelvan a su estado anterior, es decir, que los muertos sepultados en el mar regresarían a la vida, los barcos regresarían a la superficie, los aviones al cielo, el mar recuperaría su vida normal y su movimiento, y los seres humanos dejarían de ser vegetales para volver a ser todos lo que eran. Podría hacer eso..., o bien, simplemente, facilitarles el regreso a un planeta en el que solamente ustedes representarían la vida animal..., por el momento. ¿Qué prefieren: la primera o la segunda alternativa? Si aceptan la primera ya saben que regresan a la misma situación de siempre, con todos sus inconvenientes: guerras, odios, muertes, degeneraciones de toda clase... Si aceptan la segunda pueden iniciar una nueva raza, una nueva forma de vivir en un planeta que, por si no lo saben, les diré que es de los más hermosos del universo. Bien: ¿qué deciden? ¿Primera o segunda alternativa?

—Ni siquiera tenemos que conferenciar para tomar una decisión en ese sentido —susurró Lyndon Crane—: la primera.

ESTE ES EL FINAL

La pequeña nave se posó suave y silenciosamente sobre la arena de la playa frente a la casa de Ed Barnes. Alrededor todo seguía igual que cuando habían partido de allí hacia el cosmos en busca de un camino de fuga para la nave grande de los kovianos, que debía hallarse ya muy lejos..., aunque no tanto, como había dicho Nkovok durante el viaje, que la nave pequeña no pudiera alcanzarla en menos de quince días, en medidas de tiempo terrestre.

De la nave salieron Celeste, Ed Barnes, Lyndon y Eddy, y por último Nkovok, que les había acompañado, como único tripulante de la nave pequeña.

El sol era deslucido, coma., gastado, como cansado. Flotaba sobre las aguas como de mercurio una neblina pesada y triste. La vegetación del kayo no era precisamente maravillosa..., mientras que en todas partes del planeta miles de millones de habitantes seguían convertidos en flora, tal vez olvidando ya su anterior estado y condición de fauna.

—Bien —dijo Lyndon, mirando a Nkovok—. ¿Qué está esperando?

Por primera vez algo parecido a una sonrisa apareció en la diminuta boca de Nkovok, y un destello de simpatía apareció en sus cuadrados ojos.

—Si hubieran elegido ustedes la segunda alternativa — dijo— simplemente los dejaría aquí y me habría marchado. Pero al elegir la primera me han demostrado que todavía quedan seres que merecen el calificativo de humanos. A esos seres, a ustedes y a otros que posiblemente existan como ustedes, Kov en general y yo en particular vamos a ayudarles. Hasta siempre.

Nkovok regresó a su nave, que se cerró. Pero, en lugar de elevarse, se desintegró repentinamente, fue alucinante. Hubo una brevísima combustión, un intenso calor que duró una millonésima de segundo, y en seguida donde había estado la nave quedó sólo como un dibujo de arena quemada, un contorno fantástico de algo que no podía existir.

Y, en el centro de este dibujo de cenizas, inmediatamente destacó la intensa luz del pequeño prisma dorado, que pareció convertir la arena en oro. Y ni siquiera hadan falta explicaciones de nadie a nadie, porque los cuatro terrestres comprendieron en el acto el gesto de Nkovok y la oportunidad que éste les concedía. Una oportunidad como jamás tendría nadie en el futuro del planeta Tierra: la oportunidad de utilizar aquella mente para iniciar la regeneración y evolución de toda la mente de la Humanidad.

Fue Eddy quien se acercó, y recogió el dorado prisma de bellísima luz dorada.

—Creo —dijo quedamente— que lo mejor será que de momento lo escondamos, y lo utilicemos secretamente, sin decirle a nadie que vamos a empezar a aprender cosas que nos parecerán nuevas..., pero que son las que siempre debimos saber y hacer. ¿Están de acuerdo?

—Naturalmente, muchacho —aprobó su abuelo—. ¡Y ustedes dos no empiecen a discutir de nuevo!

—¿Por qué no? —sonrió Celeste—. Una cosa no tiene nada que ver con la otra: yo me volví loca por Lyndon en cuanto lo vi, pero me daba rabia haberme enamorado de tal modo de un hombre que me pareció engreído y adusto.

—Lo mismo me ocurrió a mí. En cuanto te vi... —empezó Lyndon.

—Oigan, que ese cuento ya lo sabemos —dijo Ed Barnes.

—¿Lo saben? —se pasmó Celeste.

—¡Anda, con la pelirroja! Pues ¿por qué se cree que usted se volvió negra y Lyn se volvió blanco? Fue porque él deseó ser blanco como usted, para poder ligársela. Y al mismo tiempo, usted deseó ser negra como él, para poder seducirlo. Y la luz del poder les concedió a ambos su deseo, yo diría que gastándoles una broma. ¡Fue la mar de divertido! ¿Verdad, Eddy?

—Ya lo creo que sí, abuelo — rió el muchacho.

—¡De manera que estabas loca por mí y en cambio hacías la tonta! —se encaró Lyndon con Celeste.

—¡Hice lo mismo que tú, estúpido negro orgulloso! ¡A ver si te vas a creer que...!

—Oigan —los interrumpió Ed Barnes, perplejo y divertido—: ¿y no les iría mejor besándose o algo así que discutiendo de modo tan absurdo? Vamos, digo yo. Es más: si yo formase parte del juego ahora mismo me encerraba en la casa con mi pareja y nos echábamos un par de polvos para celebrar que todavía existe el amor y las ganas de vivir, porque… ¡Hey! ¿Adónde van?

—¡A la casa! —rió Celeste, abrazándose a la cintura de Lyndon.

Ed Barnes sonrió de oreja a oreja, y los estuvo mirando caminar hacia la casa sin dejar de abrazarse y besarse…

De pronto, se dio un manotazo en el cuello y exclamó:

—¡Malditos mosquitos!

—También ellos vuelven, abuelo —dijo Eddy.

Ed Barnes quedó como paralizado. Luego parpadeó, y comenzó a mirar en torno, comprendiendo que mientras él y Lyndon y Celeste charlaban su nieto había comenzado la labor, y la vida estaba volviendo a sus cauces en el planeta Tierra.

Primero fue el mosquito.

Luego, el mar comenzó a moverse, y en seguida pareció que la luz del sol recuperase toda su luminosa transparencia. Se iniciaba una nueva era en el planeta más hermoso del universo.

Ahora sólo faltaba que, esta vez, sus habitantes supieran aprovechar la oportunidad.

F I N